héroes del ESPACIO

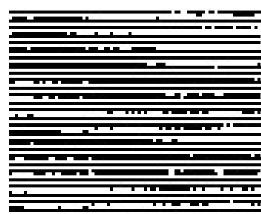
NOVELAS ECSA

LLORAN LAS ESTRELLAS

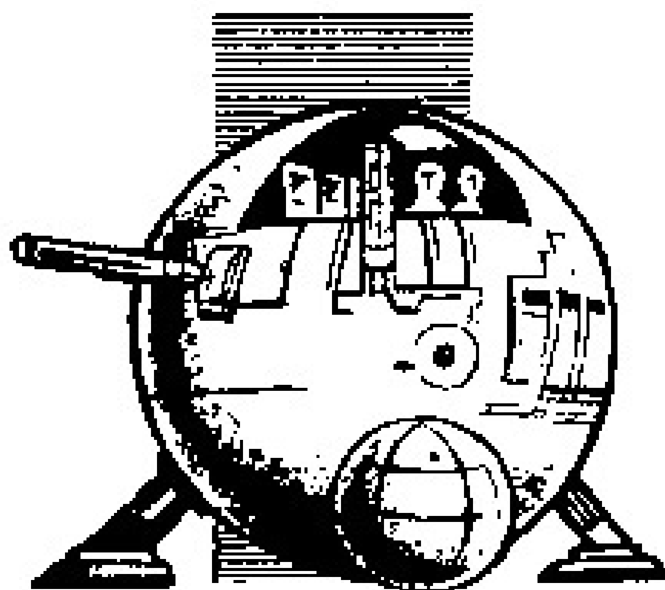
LUCKY MARTY



SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

80 — Satélites asesinos, *Law Space*.
81 — Cosmodea, *Elliot Dooley*.
82 — Mensajeros de la muerta, *Eric Sorenssen*.
83 — Memorias de un autómata, *Law Space*.
84 — Demencia celeste, *Rocco Sarto*.

LUCKY MARTY

LLORAN LAS ESTRELLAS

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 85
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 32.471- 1981

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición noviembre, 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

«Ciertamente, la ignorancia de los males venideros nos es más útil
que su conocimiento.»
Cicerón

CAPITULO PRIMERO

El viaje casi había durado un año, según la medición terrestre, cuando la poderosa astronave «Z-X-29» comandada por el capitán Patrick Breiter, tuvo que detener su viaje interplanetario, después de haber recorrido desde su punto de partida la friolera de unos quinientos millones de kilómetros.

A la tercera intentona, también fallida, de seguir penetrando en el vacío del negro espacio pugnando siempre por acercarse a Júpiter, los doscientos tripulantes de la gigantesca «Z-X-29» empezaron a alarmarse.

Allí, en el interior de aquella maravilla mecánica, propulsada por poderosos motores atómicos, todos eran expertos astronautas. Quién más, quién menos, ya había realizado otros viajes interplanetarios; incluso los había que ya habían puesto las plantas de sus pies en Júpiter, último planeta del Sistema Solar conquistado por el ingenio, la técnica y la osadía del hombre, pero al cual, por alguna extraña razón, ahora no podían acercarse más.

Ante el complicado cuadro de mandos electrónicos, el joven copiloto Tom Jerrison volvió a pulsar con enfado uno de los rojos y advirtió a sus ayudantes: —¡Ahora, muchachos! ¡Poned los reactores en tercera fase!

En los paneles electrónicos las luces empezaron a parpadear, relampagueando aquí y allá, a medida que eran conectados los circuitos que, a su vez, hacían que la propulsión atómica funcionase al máximo de su potencia.

Toda la larga y gigantesca estructura metálica de la astronave «Z-X-29» vibró como por convulsiones epilépticas, causando a los alarmados tripulantes la sensación de que habían chocado contra algo sólido y resistente, capaz de contener la vertiginosa marcha de una nave interplanetaria como aquélla, justo orgullo de la técnica más depurada de los últimos años.

Nada lógico había que pudiera explicar aquel auténtico fenómeno.

Era absurdo pensar que, con todo su portentoso poderío, la «Z-X-29» no podía atravesar una misteriosa barrera que, además, era

totalmente invisible. Como si una cósmica y gigantesca tela de araña tendida en el espacio a más de quinientos millones de kilómetros de la Tierra estuviera extendida allí para servir dé barrera infranqueable a unos viajeros que, precisamente, habían sido elegidos para que realizasen un meticuloso informe sobre Júpiter del que, también por alguna misteriosa razón, no se recibían mensajes.

Ninguna clase de mensajes.

De pronto, desde hacía dos años, la colonia terrícola de Júpiter había quedado totalmente incomunicada con la Tierra.

Con la Tierra y con los otros planetas del Sistema Solar ya conquistados: Mercurio, Venus y Marte, además de todos los asteroides situados entre las órbitas de este planeta y el gigantesco Júpiter, que tampoco había entrado en comunicación con ninguna de las Bases Espaciales, auténticos satélites artificiales que, como valiosas avanzadillas, giraban sobre sus órbitas precisas para la expansión de la raza humana, en su audaz camino hacia las estrellas.

El Gobierno Central Mundial había considerado aquel prolongado silencio de Júpiter como algo insólito, inesperado y más que alarmante.

No se podía abandonar a más de cien millones de seres humanos, componentes de aquella apartada colonia terrícola. Los hombres y las mujeres que se habían establecido allí, como pioneros de la nueva frontera del espacio, merecían toda consideración y respeto.

También todo esfuerzo para volver a establecer las comunicaciones con ellos.

Y no sólo en el aspecto puramente humano.

Otras muchas consideraciones, de no menos peso e importancia, entraban en juego. Últimamente se había empezado a vislumbrar que' el planeta Júpiter podía llegar a ser algo así como el sólido futuro de la raza humana. Sus gigantescas dimensiones (11' 14 más que la Tierra en su diámetro ecuatorial y con un volumen de 1.295 más superior) eran muy capaces de albergar a una indómita raza en constante expansión.

En cuanto a su constitución física, si se consideraba que estaba formado por núcleos sólidos como continentes, rodeados por inmensos océanos y por capas de hielo amoniacal de gran espesor, además de una extensa atmósfera que abarcaba a sus doce satélites naturales, el más alejado del planeta a veinticuatro, millones de

kilómetros, se podía aceptar que su banda de radiación —como la de Van Allen de la Tierra, pero mucho más intensa—, permitía la vida allí, en sus más variadas gamas y raras manifestaciones.

Sí: con la técnica y el esfuerzo del hombre, Júpiter podría llegar a ser —también con el tiempo—, una especie de Paraíso Terrenal.

Cierto que el quinto planeta del Sistema Solar, en su distancia máxima del Sol tenía fases en que llegaba a estar a 961 millones de kilómetros, 772’5 en su distancia media y a 584 en su distancia mínima: pero estas caprichosas excentricidades orbitales precisamente permitían que su temperatura media jamás resultase tórrida en su largo período de traslación de 11 años terrestres.

Al mismo tiempo, sus 9 horas, 55 minutos y 37 segundos del período de su rotación, en relación con su volumen y masa, daban un 0’25 de densidad y una intensidad de gravedad de 2’53, que dadas las modernas técnicas e inventos se convertían en ventajas.

En verdad que causaba una honda y profunda impresión poder contemplar, en una corta noche, un negrísimo firmamento todo él tachonado de brillantes, nuevas y gigantescas estrellas, nada menos que a doce «lunas».

Porque la primera, IO, tenía un diámetro de 3,735 kilómetros y brillaba a una distancia del gigante Júpiter a 422*000 kilómetros; Europa tenía un diámetro de 3,150 kilómetros y giraba a una distancia del planeta de 671.000 kilómetros; Ganímedes era de un diámetro de 5,150 kilómetros y distaba a 1.065.000 kilómetros; Calisto tenía un diámetro de 5,180 kilómetros y rotaba a 1.873.000 kilómetros; V (Amaltea) sólo tenía 190 kilómetros de diámetro y giraba y giraba a 181.200 kilómetros; VI tenía un diámetro de 140, pero distaba de su planeta 11.400.000 kilómetros; VII era diminuto en diámetro, con tan sólo 40 kilómetros de diámetro, pero también lucía a 11.690.000 kilómetros de distancia; VIII era otra «bolita» de 50 kilómetros de diámetro, apenas visible por estar de Júpiter a 23.400.000 de kilómetros; IX era aún más pequeño, sólo 20 kilómetros de diámetro, pero a la distancia de 23.810.000 kilómetros; X también era una pequeña lunita de 25 kilómetros de diámetro girando a una distancia de 11.720.000 kilómetros; XI era una luna casi perdida en el espacio a 24.000.000 kilómetros de su planeta y con un raquítico diámetro de 25 kilómetros, para terminar con Amaltea XII la luna de Júpiter más pequeña, con tan sólo 13

kilómetros de diámetro... ¡pero a una distancia de 22.523.000 de kilómetros!

Dado este lujo de satélites naturales, la colonia terrícola establecida en Júpiter podía disfrutar de frecuentes y variados eclipses y ocultaciones, como si los astros jugaran para diversión del hombre. En tales satélites —conquistados antes que su Gran Padre— pequeños destacamentos de científicos y algunos de sus familiares, transmitían a la Estación Central de Júpiter todos los datos precisos que, a su vez y una vez comprobados y puestos en orden de importancia, se retransmitían a la Tierra.

Pero, al parecer, últimamente estas comunicaciones también habían sido cortadas.

Bueno: «cortadas» era un término que aún no se' debía emplear, habida cuenta de que aún no se había establecido el motivo —o el fenómeno espacial— por el cual Júpiter y sus doce satélites naturales habían quedado en completo aislamiento con el resto de toda la comunidad humana.

Y precisamente para aclarar de una vez todo aquello, el Gobierno Central Mundial había decidió enviar a los doscientos técnicos y tripulantes de la astronave «Z-X-29» que comandaba el joven capitán Patrick Breiter...

Sólo que, después de su largo recorrido de cerca de un año, la «Z-X-29» no podía proseguir el viaje interplanetario.

«Algo» muy extraño se lo impedía...

CAPITULO II

En una de las 'embestidas a la barrera invisible, las violentas vibraciones de la astronave hicieron que el capitán Patrick Breiter saliera rodando desde su lecho.

Se incorporó desde el suelo de su camarote y malhumorado pensó para sí:

«Ese Tom es un manazas. ¡Cree que está conduciendo un carro!»

Salió al pasillo y montó sobre la cinta transportadora, para no tener que caminar hacia el elevador, que minutos después le llevó hasta la quinta planta, volviendo a montar sobre otra cinta transportadora que le llevó por el amplio pasillo hasta la cabina de mandos.

Nada más introducir en la correspondiente ranura su tarjeta de identidad, las células fotoeléctricas que controlaban la identificación accionaron los mecanismos electrónicos, y las puertas le permitieron el paso a la gran cabina de mandos, verdadero centro neurálgico de control de la «Z-X-29».

Allí se encontró con el joven copiloto Tom Jerrison y sus cinco ayudantes, con los que el comandante de la astronave se encaró al indagar:

—¿Qué diablos pasa, Tom? ¿A qué se deben esas violentas sacudidas?

Girando la cabeza desde su puesto de mando, el teniente Tom Jerrison se apresuró a informar con el rostro alterado:

—¡No podemos seguir avanzando, Pat! ¡Algo nos lo está impidiendo!

Sin dejar de cruzar la cabina, Patrick Breiter indagó, la voz algo colérica:

—¿Algo, Tom? ¿Qué significa eso?

—No lo sabemos, Pat. Por eso dije algo. ¡Prueba tú mismo!

Patrick Breiter se sentó en su sillón junto a su copiloto, haciéndose cargo de los mandos. En pocos minutos comprobó por él mismo la inutilidad del-avance de la «Z-X-29» y ordenó a sus ayudantes:

—Reactores en tercera fase. ¡Pronto!

—Será inútil, Pat. ¡Ya lo hemos intentado!

—¡Imposible, Tom! Con toda su potencia, la astronave… TIENE que avanzar!

Algo molesto, el joven copiloto retó, al señalar el cuadro de mandos:

—¡Adelante, valiente! ¡A ver si lo consigues!

Patrick Breiter presionó con decisión los botones rojos del tablero electrónico y miles de lucecitas empezaron a parpadear en los paneles; relampaguearon como si los circuitos se hubiesen vuelto locos y, tras nuevas violentas sacudidas, la «Z-X29» pareció que era como rechazada hacia atrás.

En las distintas partes y secciones de la astronave, todos los que en aquellos instantes no estaban sujetos por sus cinturones de seguridad, rodaron por los suelos como pelotas. Nuevas luces se encendieron en los paneles y Patrick Breiter tuvo que ordenar:

—¡Alto la tercera fase! ¡Corten el avance! ¡Estabilización! ¡Estabilización, rápido!

La astronave quedó detenida en el espacio, mantenida en el mismo sitio por los cohetes estabilizadores. Las pantallas del radar no indicaban nada que íes pudiera detener la marcha. En el inmenso espacio no se vislumbraba ningún obstáculo visible que les impidiese seguir avanzando, en la ruta previamente marcada hacia Júpiter.

Pero estaba más que claro que la «Z-X-29» no podía seguir hacia su objetivo.

Como había dicho el copiloto Tom Jerrison, «algo» se lo impedía.

¿Pero qué diablos era aquel «algo»?

¿Cómo era posible que ocurriesen fenómenos así?

El mismo capitán Patrick Breiter tenía consignados en su hoja de servicios tres viajes anteriores a Júpiter. El, como otros muchos de sus compañeros de viaje, ya habían puesto las plantas de sus pies en el planeta gigante. Conocían la ruta perfectamente y la habían marcado en los sofisticados mecanismos de la «Z-X-29» con toda precisión.

No era posible que las fuerzas cósmicas hubiesen variado. Todos los mecanismos indicaban que eran las mismas.

La mecánica celeste tiene leyes fijas, precisas, siempre absolutamente las mismas. Precisamente por eso se las denomina

así: «Mecánica Celeste».

El Universo no «juega a los dados» con sus elementos.

Nada es «casual»: todo tiene sus leyes y su lógica. Su «porqué y para qué».

Los satélites, los planetas, los sistemas solares, las estrellas y hasta las galaxias más lejanas mantienen su puntual ritmo impelidas por unas fuerzas inmutables en el Universo cósmico.

Sólo la propia armonía de tales fuerzas cósmicas es capaz de alterar ese ritmo en distancias y fuerzas gravitacionales, cuando el mismo Universo modifica sus inmensas estructuras pero que, a la vez, también son debido a su propia armonía.

A su propia existencia.

A su propia razón de ser.

Pero tales estallidos en el Universo, tales innovaciones gigantescas, tales muertes o nacimientos de nuevas galaxias, nuevas estrellas, nuevos sistemas solares, planetas y satélites, sólo ocurren a través de dimensiones de Tiempo y Espacio imposibles de calcular.

Para tocios los seres vivos el Universo aún resulta infinito, inconmensurable.

Posiblemente, por esa misma inconmensurabilidad la raza humana debía estar dispuesta a aceptar cualquier posibilidad, por más extraña e ilógica que pudiera presentarse ante su menguado intelecto o imaginación: que la capacidad humana sí que es mensurable y relativa.

Con humildad, Patrick Breiter aceptó todo esto, aunque deseando encontrar una posible explicación al fenómeno y ordenó a sus hombres:

—¡Atención! ¡Atención! ¡Cada uno a su puesto!

Los altavoces zumbaron hasta el más apartado rincón de la gigantesca astronave, obedeciendo a! instante todo el personal al comandante de la «Z-X-29» que siguió transmitiendo:

—Partimos de cero: vamos a verificar todas las comprobaciones y datos.

Al oírle, algo perplejo su copiloto objetó:

—¿Todo eso por qué, Pat?

—Es preciso, Tom. Existe la posibilidad de que hayamos confundido o variado la ruta.

—¡Naranjas! Mira... ¡Mira todos los instrumentos!

—Los veo como tú, Tom… Pero, ¿y si ha habido avería en alguno de ellos?

—¡Naranjas! —volvió a exclamar Tom Jerrison—. El panel de seguridad lo habría detectado.

—Lo sé, chico… ¡Lo sé! Pero como tú mismo has dicho «algo» muy extraño ocurre que no podemos explicar.

—¡Está bien, Pat! Pero te digo que sólo estamos a veintiséis millones de kilómetros de Júpiter.

—¡De acuerdo! ¿Pero me quieres decir por qué no podemos seguir avanzando más, después de haber dejado atrás quinientos millones de kilómetros?

—Eso no lo sé, Pat.

—Pues lo primero que hay que hacer es verificar todos los datos.

—¿Temes que no vamos en dirección a Júpiter?

—Te repito que hay que comprobarlo, cabezota.

Las mediciones empezaron a llegar.

—Júpiter: planeta, el mayor del Sistema Solar.

—Comprobado.

—Es el quinto por su distancia al Sol.

—Comprobado.

—Su brillo aparente puede compararse con el de Venus y le acompañan doce satélites naturales.

—Comprobado.

—Los principales elementos del planeta Júpiter, tomando los correspondientes de la Tierra como unidad, son los siguientes: distancia mínima al Sol, 4’95; distancia máxima al Sol, 5’45; distancia media al Sol, 5’20; diámetro ecuatorial, 11’14; volumen, 1295; masa, 318; densidad, 0’25; intensidad de la gravedad, 2’53; luz y calor recibidos del Sol, 0’03.

—Comprobado.

—Otros datos relativos a este planeta: distancia mínima a Ia Tierra 584.000.000 Km; distancia media al Sol, 777.800.000 Km.; período de traslación, 11 años, 314.839 días; velocidad orbital por segundo, 13 Km.; inclinación del ecuador respecto al plano de su órbita, 3 o 6”; excentricidad, 0’048; período de rotación, 9 horas, 55 minutos, 37 segundos; velocidad del movimiento de rotación en el ecuador, 12,5 Km. por segundo.

—Comprobado.

—En cuanto a su composición física...

—Está bien, profesor Colins —interrumpió el comandante de la astronave—. Ya tenemos suficiente.

—¿Lo ves? —pareció desquitarse el copiloto Jerrison—. ¡Es Júpiter!

—¡Está bien, Tom! En cierta forma, me alegro que lo sea.

—¿Qué creías, Pat? ¿Que nos habíamos descuidado mientras tú dormías?

—No, hombre, no. He dicho que me alegro que lo sea, porque de estar en otra ruta...

—¡Sigue, Pat!

—Pues que ante eso... ¡lo que sea!, que nos impide seguir... ¡habría la posibilidad de haber salido al hiperespacio!

—¿Fuera de nuestro Sistema Solar, señor? —preguntó uno de los ayudantes.

—Más o menos, Palmer.

—¡Sopla, señor! ¡Aún no sabemos lo que es el hiperespacio!

—Bueno, Palmer... Pues más allá del espacio. Es un concepto matemático aplicado a un espacio abstracto. Esto es: no perceptible por nuestros sentidos, y que tenga más de tres dimensiones.

—¿Quiere decir que por eso chocamos contra «algo» y que por eso no podemos seguir avanzando, señor?

—No, Palmer, porque acabamos de comprobar que íbamos ciertamente hacia Júpiter.

—Entonces... ¿qué nos impide seguir, señor?

Patrick Breiter pareció reflexionar hondamente, antes de confesar:

—Tampoco lo sé, Palmer. ¡Lo siento, muchachos!

Vivaz como siempre, el pelirrojo Tom Jerrison apuntó:

—Llevamos astrónomos y astrofísicos con nosotros, Pat. ¡Podemos consultarles!

—Es lo mejor, Tom. Mientras tanto, seguiremos estabilizados y muy quietecitos aquí.

—¿Curso mensajes a la Tierra, señor? —preguntó el ayudante encargado de las transmisiones por radioimpulsor.

—Sí, Norman: hay que tener al Gobierno al corriente de lo que pasa.

Patrick Breiter abandonó su puesto, indicándole al joven amigo:

Vamos, Tom, ¡Tenemos que hacer muchas consultas!
-Tranquilo, Pat. ¡Ellos sabrán resolver el problema!

CAPITULO III

Pero, ni con todo el poderoso saber científico almacenado en la «Z-X-29», pudieron llegar a una explicación lógica.

En la conferencia de urgencia convocada por el joven comandante de la astronave, se habló mucho, se discutió más y hasta hubo quien osó exponer las más peregrinas ideas, a falta de conclusiones puramente científicas.

El anciano astrónomo Blakely manifestó que la observación telescópica de Júpiter mostraba la presencia de toda una serie de fajas o bandas de color oscuro, de variados detalles y de una gran mancha de color rosado, designada con el nombre de «Mancha Roja», que algunos astrónomos consideraban como un conglomerado de hidrógeno sólido flotando en un océano de gases.

Tras su exposición el astrónomo Blakely continuó diciendo:

—Y digo yo... ¿No es posible que ese océano de gases flotantes nos impida seguir?

—Imposible, profesor Blakely —objetó Patrick Breiter—. Nuestra potente propulsión atómica es muy capaz de hacer atravesar a la «Z-X-29» por cualquier clase de gases, por más densos que sean.

—Cierto, capitán —replicó el astrónomo—. Pero estoy hablando de amoníaco, metano y de hidrógeno.

—No hay nada de eso en el exterior, delante de nosotros —rechazó a su vez el astrofísico Colins, con vehemencia—. Nuestros aparatos no detectan ninguna clase de gases.

—Entonces... ¿Qué nos detiene, profesor Colins?

¿La nada...?

—Sin juegos de palabras, Blakely. ¡La nada es nada!

—Pues a ver si encuentra usted una mejor explicación, Colins.

—Creo tener una, aunque . sólo sea una, remota hipótesis.

—¡Adelante! —animó algo picado el anciano astrónomo—. Hipótesis es la suposición de una cosa, para inferir de ella alguna consecuencia.

—No hace falta que me defina la palabra, señor Blakely.

—¡Por favor! —intervino Patrick Breiter—, ¿Quieren dejar de discutir y aclararnos algo, señores?

—Voy a ello, capitán —anunció el astrofísico.

Aquel sabio limpió sus gafas sin montura, las volvió a dejar cabalgando sobre prominente nariz curva y empezó a manifestar:

—Hace años, cuando desde la Universidad de Alaska me trasladaron como astrofísico jefe a los Laboratorios de la Luna, allí empezamos a investigar sobre una nueva teoría. Se trataba de evitar que el fino polvo lunar se desprendiese del satélite, no sólo para*que así no continuase perdiendo —como había venido haciéndolo durante miles y miles de siglos— su dimensión y peso específico, sino, a la vez, para que ese fino polvillo no interfiriese en las comunicaciones de radioimpulsores a la Tierra, ni molestase a las astronaves que, cada vez en mayor número, tenían que alunizar allí...

—¿No puede usted ir al grano, Colins? —incitó el astrónomo Blakely.

—Podría hacerlo, señor Blakely; pero no lo voy a hacer, para intentar que todo quede bien fijo... en ciertas mentes algo romas...

La alusiva e irónica réplica del astrofísico, pareció molestar más aún al anciano astrónomo, que a su vez opinó:

—Diga más bien que se complace en demostrar a todos su clara mente de científico... ¡peregrino!

—¡Caballeros, por favor! —volvió a suplicar Patrick Breiter.

Tras limpiar nuevamente sus gafas, Colins añadió:

—Pues bien: aquella «peregrina» teoría trataba de crear un campo magnético, capaz no sólo de retener el fino polvillo de la Luna sobre su superficie, sino, a la vez, que su fuerza se elevase algunos cientos de kilómetros, para que volviese hacia nuestro satélite natural todo el que flotase atomizado eh el espacio...

—No tengo idea de que nada así se haya conseguido —volvió a manifestar el astrónomo Blakely.

—En efecto, amigo; nuestra ciencia aún no llega a tanto —aceptó el astrofísico—. No pudimos avanzar mucho en ese terreno... que además se abandonó por otras razones.

—¿Por cuáles, profesor Colins? —volvió a intervenir vivamente Patrick Breiter.

—Verá, capitán... Piensen todos que, de llegar a lograrse un campo magnético de tal naturaleza, si bien serviría para muchas útiles aplicaciones como la que pretendíamos, por otra parte habría

sido como aislar la Luna con una barrera invisible que…

—¿Ha dicho usted una barrera invisible, profesor?

—Eso dije, teniente Jerrison.

—¡Un momento! —pidió por su parte Patrick Breiter.

Y al instante siguió con más viveza mirando a todos los presentes:

—¡Es eso Io que nos está impidiendo seguir hacia Júpiter! ¡Una barrera invisible!

—Sólo dije que es una teoría —pareció defenderse el astrofísico —. Tengan en cuenta que nunca se pudieron terminar aquellos experimentos.

—Sí, pero…

—Y además, capitán, en este caso concreto se trataría de algo realmente… —se interrumpió al denegar él mismo—. No, no… ¡Es imposible! ¿Cómo imaginar, o admitir, que se trata de un gigantesco campo magnético, capaz de formar una barrera invisible de más de veintiséis millones de kilómetros desde la superficie de Júpiter?

—¡Ellos pueden haberlo logrado! —opinó Patrick Breiter.

—¿Ellos, capitán? ¿Se refiere a la colonia terrícola destacada en Júpiter?

—Lo cierto es que «eso» está ahí, frente a nosotros y nos impide avanzar.

—Lo hemos intentado varías veces, profesor —recordó el teniente Tom Jerrison.

—Sí, teniente: todos hemos sentido como retemblaba la «Z-X-29» al ser una y otra vez violentamente rechazada, pero de eso a admitir que…

—¿Por qué no, profesor? En Júpiter pueden haber desarrollado nuevas técnicas y…

—¿Sin comunicarlo a la Tierra, capitán?

Saliendo de su mutismo prudente, la rubia psiquiatra Susan Simons opinó a su vez:

—No tienen ningún motivo para obrar así, Pat.

—Es de suponer, Susan —admitió el comandante de la astronave, no sin añadir—: Pero es la colonia más apartada, a la que más cuesta llegar y hace dos años que nada sabemos de allí. Eso de cortar las comunicaciones con todo el mundo ya es…

—¿Por qué dice «cortar», capitán? —intervino el ingeniero

Malko.

—No lo sé, Malko... Me ha salido espontáneamente así porque... ¡Tengo un mal presentimiento, amigos!

—¿A qué te refieres, Pat? —volvió a intervenir la joven.

—Repito que no lo sé... ¡Estamos a ciegas, Susan!

—No te irrites, por favor.

—¿Y cómo no voy a irritarme, mujer? Soy responsable de esta astronave. Aquí viajan doscientas personas, Susan. La mayoría de ellas todos buenos amigos, o por lo menos conocidos. Hemos compartido casi un año de viaje aquí metidos y ahora... ¡Ahora estamos como anclados! ¡Como perdidos en mitad del espacio y sin poder seguir!

—Pero sí podemos regresar, capitán —dijo uno de los presentes.

—No lo haremos, si no nos dan esas instrucciones desde la Tierra —rechazó con calor—. ¡Tenemos una misión que cumplir!

—Cierto, capitán, precisamente, hacer un detallado informe de lo que está ocurriendo en Júpiter y sus doce satélites naturales.

—¿Insinúa que alguien nos lo quiere impedir. Malko?

—Digo como usted, capitán. ¡No lo sé ciertamente!

—Pero empieza también a sospechar, ¿verdad?

—¡Sí!

Alzando ambos brazos, el anciano astrónomo Blakely se puso a pedir, ante los murmullos y los comentarios:

—¡Caballeros, por favor! ¡Un poco de calma, amigos! En esta situación, no es conveniente que reine la alarma. Si todos nos ponemos a pensar que fuerzas malignas están obrando contra nosotros, me temo que la tarea será más difícil.

—Bien dicho, señor Blakely —aprobó el comandante de la nave —, Y desde este momento, les propongo que de todo lo hablado aquí, ni una sola palabra salga de esta habitación.

—¿Y qué le diremos al resto? —se preocupó uno de los científicos reunidos allí.

—Cualquier cosa, señor Moss. Por ejemplo, que hemos tenido una avería en la cabina de mandos.

—¡Es buena idea, capitán!

—Otra cosa, amigos. Desde este momento, ¡todos a investigar cautamente, cada uno en su especialidad!

Minutos más tarde, se disolvía la reunión...

CAPITULO IV

Tomando una de las manos del hombre entre las suyas, la psiquiatra rubia Susan Simons quiso paliar la preocupación de Patrick Breiter, al desear concretar:

—¿Qué piensas hacer, Pat?

—Ya le he dado nuevas instrucciones a Tom. ¡Veremos lo que pasa!

Estaban tomando un refresco en la cantina, sentados en una de las mesas más apartadas, en su deseo de no ser oídos por el personal que entraba y salía, o bien merendaba allí. La mujer rubia miró a derecha e izquierda, antes de musitar:

—¿Nuevas órdenes, Pat? ¿Me lo puedes decir?

—Sí, mujer: tú eres de confianza.

—Si crees que debe ser un secreto, yo...

—Te he dicho que eres de confianza, Susan. Tú, para mí...

Se miraban los dos jóvenes rectamente a los ojos con dulzura, cuando los recios pasos del alto y fornido ingeniero Malko hizo que la mujer soltase, con nerviosismo y precipitación, la mano de Patrick Breiter, que a su vez también intentó adoptar otra postura.

Pero no pudieron evitar que Malko dijese:

—Presiento que con todo esto se retrasará nuestra boda, Susan.

—Hola, Malko —se limitó a saludar la mujer.

—¿No te parece? —insistió Malko.

Patrick Breiter quiso intervenir conciliador, al manifestar:

—No te preocupes, Malko. ¡Llegaremos a Júpiter!

—¿Tú crees, Pat?

Había dudas en la voz del ingeniero Malko, y además, una cierta ironía burlona. Llevaba meses en aquella molesta actitud, cada vez que se dirigía al comandante de la astronave, o bien a su bonita prometida. Era como un afán de zaherirles, de molestarles.

Malko no podía evitar estar celoso.

Cuando partieron de la Tierra hacia Júpiter, habían pensado realizar el largo viaje para casarse en el planeta gigante, última conquista del Sistema Planetario. Tanto a él como a Susan les había hecho ilusión casarse en un lejano planeta donde los enamorados

pudieran contemplar nada menos que doce brillantes lunas.

Pero durante los diez largos meses de viaje, habían pasado muchas cosas...

Cierto que el «Z-X-29» era como un enorme edificio de acero y vidrio plastificado, deslizándose a velocidades vertiginosas por el espacio. Allí no se conocían las estrecheces y las molestias. Había más que espacio vital para sus doscientos tripulantes, con turnos rotativos de trabajo para todos ellos.

Cada uno de ellos podía cumplir perfectamente sus distintas funciones.

¡Y las habían cumplido!

Pero luego, en las horas de ocio, cuando se terminaban las tareas y era preciso el relajarse, el divertirse, el charlar amistosamente, el buscar el contacto humano y la compañía apetecida, había sido cuando Susan Simons se había sentido irremisiblemente atraída hacia la acusada personalidad de Patrick Breiter, cuya varonil presencia la turbaba hasta el punto de que, cierto día, se encontró preguntándose si alguna vez había estado realmente enamorada de Malko, su prometido.

Esa inquietud, tal zozobra, nunca la había manifestado la doctora Simons en voz alta. Pero su anhelante secreto le salía por los ojos, se evidenciaba en sus miradas, en todo su sensitivo comportamiento cada vez que la ocasión la ponía ante el comandante de la astronave.

Por su parte, bien la caballerosidad, o el prudente comportamiento de Patrick Breiter, tampoco le permitía manifestar públicamente sus sentimientos hacia aquella hermosa y exquisita mujer, cuya sola presencia tenía la virtud de envolverle en una serie de deseos y anhelos, que ni él mismo era capaz de explicarse.

Sólo podía confesarse que Susan Simons le atraía como un poderoso imán a una aguja de acero. Se sentía completamente feliz junto a ella, con tan sólo mirarla, poder contemplar su rostro bello y lleno de vida, de aquellas brillantes chispitas que brotaban en sus pupilas luminosas que parecían inmensos lagos azules, a veces en completa y serena calma, otras reidoras, divertidas, alegres, felices.

Pero aquella poderosa atracción física y psíquica, aquel placer al sentirla cerca, se veía turbada por el molesto recuerdo de que el ingeniero Malko era su prometido.

El hombre que, ya hacía más de un año, antes de emprender

aquel viaje, Susan Simons había elegido para esposo; para que fuese su marido y la acompañase en la vida.

Malko terminó sentándose y también pidió un refresco, y nada más que fue servido y se alejó el encargado de la cantina, con su tono de habitual ironía cuando se dirigía a los dos jóvenes manifestó:

—¿Qué pasa, capitán? ¿Os molesta mi presencia?

Los dos le miraron fijamente y el joven terminó reprochándole:

—Qué cosas dices, Malko.

—Hombre, lo digo porque al entrar os vi con las manos muy juntitas y charlando animadamente, y ahora...

Susan Simons bajó la vista algo ruborizada, pero Patrick creyó conveniente argumentar:

—Estoy preocupado, Malko. Todo lo que pasa en este viaje es...

—¿A qué te refieres en concreto, capitán?

Nueva punzada irónica, que Patrick soslayó a su vez indagando:

—¿A qué va a ser, hombre? A lo de esa maldita barrera invisible que no nos deja seguir y...

—Creí que te referías a algún conflicto... humano, capitán.

Rotos los nervios, el comandante de la astronave alzó más la voz al decir:

—¡Por Dios, Malko! Sabes que no me gusta que me llames así... Capitán por aquí, capitán por allá... ¡Puedes llamarme Patrick y Pat, como prefieras!

—No lo haré, capitán; yo siempre sé guardar las distancias y respeto mucho lo que...

Levantándose algo violentamente, la hermosa mujer pidió:

—¡Basta, Malko! ¿Me acompañas?

—Por supuesto, mujer. Se entiende que eres mi novia, ¿no? Mi prometida. La mujer que se convertirá en mi esposa nada más que...

—Hasta la vista, Pat. Y espero que todo salga bien. —Interrumpió ella, intencionadamente otra vez.

Patrick Breiter también se había levantado y les vio alejarse, fijándose que ostensiblemente Malko se colgaba del brazo femenino. Y aunque su rostro sonreía de cara al exterior interiormente se dijo:

«Daría el sueldo de un mes... ¡por romperle la jeta a Malko!»

* * *

Cumpliendo las nuevas instrucciones del comandante de la astronave, el teniente Tom Jerrison había probado por distintos puntos y direcciones, en el intento de poder seguir avanzando hacia el planeta Júpiter.

Sin ningún resultado positivo.

La «Z-X-29» había reculado para tomar distinto rumbo ascendiendo o descendiendo de la inicial dirección, para probar si la misteriosa barrera invisible también seguía impidiéndoles el acercamiento a su objetivo.

Todo había seguido igual: la fuerza misteriosa les impedía el paso.

¡Les rechazaba!

Uno de los pilotos ayudantes hizo notar, tras examinar unos datos que le ofrecía la computadora:

—Un intento más… ¡Y destrozaremos la astronave, teniente!

—Eso me temo, Palmer.

—¡Es asombroso! —volvió a manifestar aquel hombre—, Es como si Júpiter y sus doce satélites naturales estuviesen envueltos en una gigantesca pompa de jabón.

—Con una notable diferencia, Palmer; de ser una pompa de jabón, ¡podríamos romperla!

—Aparte de eso, es lo mismo, teniente. ¡Fíjese en la pantalla! Allí está Amaltea V, Amaltea VI, la VII, la VIII y hasta Amaltea XII… Más a la derecha podemos localizar a IO, a Europa, Ganímedes y más al fondo el satélite Calisto… con Júpiter más alejado, allá al fondo de todo…

—Cierto, Palmer.

—Y sin embargo… ¡No podemos acercarnos más!

—Tu imaginada pompa de jabón, tendría que tener más de sesenta millones de kilómetros de diámetro, Palmer.

—Sí, teniente. Más o menos una barbaridad así.

—No olvides que Amaltea XI, el satélite más apartado de Júpiter gira a una distancia de veinticuatro millones de kilómetros de su planeta.

—Jamás había visto una cosa igual… ¡Y ya llevo años realizando viajes interplanetarios, señor!

—¡Toma y yo! —anunció otro de los pilotos ayudantes.

—Veremos lo que dice el capitán —cerró los comentarios Tom Jerrison.

Patrick Breiter no tardó en regresar a la cabina de mandos, anunciando a todos los presentes:

—El Gobierno ordena que debemos seguir el viaje... ¡Sea como sea, muchachos!

Momentáneamente reinó el silencio entre los siete hombres, hasta que la voz de Palmer explotó:

—¡Me gustaría verlos a ellos aquí, capitán!

—Lo siento, Palmer. ¡Hay que obedecer!

—¿Pero en la Tierra saben de esta extraña situación?

—Totalmente, chico.

—¿Y cómo piensan que lo conseguiremos? ¿Embistiendo y embistiendo por aquí y por allá, hasta que esa fuerza extraña nos destroce?

—De alguna manera tendremos que conseguirlo.

—¡Tengo una idea! —dijo otro de los ayudantes.

—Suéltate, Tatum. Estoy dispuesto a admitir lo más descabellado.

—¿Por qué no nos liamos a disparar, contra esa barrera invisible... o lo que sea, señor?

—¿Disparos atómicos, Tatum?

—¿Por qué no, señor, si ellos son los primeros que se muestran hostiles, poniéndonos esa maldita «cosa» ahí?

—Frena, Tatum: aún no podemos decir que sea cosa de la colonia destacada en Júpiter.

—¿De quién entonces, señor? ¡La cosa está bien clara! Saben que venimos en viaje de inspección, para hacer un detallado informe, y no quieren dejarnos pasar.

—Dije que frenes, Tatum. ¡Tienes mucha fantasía, muchacho! Eso implica algo así como una rebelión.

—Sería absurdo —opinó otro de los ayudantes—. Cien millones, contra más de quince mil millones de la Tierra y las otras colonias destacadas en los otros planetas y Estaciones Espaciales.

—¿Y por qué no? —insistió en sus temores Tatum—. ¡Fíjate lo que han inventado esos condenados malditos! Una «cosa» impalpable e invisible... ¡Pero que les permite aislarse totalmente del resto del mundo! Como dijo Palmer: «metiditos en su gigantesca

pompa de jabón».

—Esa fuerza misteriosa tendrá algún fallo —opinó Patrick Breiter —. Sea un gigantesco campo magnético, o lo que sea… ¡Ia podremos romper!

El comandante de la «Z-X-29» hizo una pausa, antes de añadir con más énfasis en la voz:

—¡Aunque sea como dice Tatum, disparándole nuestros proyectiles atómicos!

—¿Y si responden con otra de sus armas secretas, capitán? —quiso saber entonces Tatum, al ver que podía ser aceptada su idea.

—Correremos el riesgo, muchacho.

—Por mí que no quede, señor.

—Gracias, Tatum; pero tendrá que decidirse en reunión general, y si lo aprueba el Gobierno Central Mundial.

Patrick Breiter caminó hacia uno de los paneles electrónicos y puso en comunicación todos los altavoces.

Una vez más tenía que consultar con sus hombres.

Aquélla sería una decisión que podía afectar a la vida de todos los que viajaban en la astronave «Z-X-29».

CAPITULO V

El ingeniero Malko fue de los que se opuso, argumentando para explicar su posición:

—Prefiero un arresto en la Tierra, o una suspensión de empleo y sueldo... ¡A arriesgar nuestras vidas!

—Es en la Tierra donde deben decidir —opinó alguien.

—El Gobierno Central Mundial ya ha decidido —les anunció Patrick Breiter—. ¡Su orden es que debemos llegar a Júpiter, sea como sea!

—¿Aun por la fuerza, capitán?

—¡Aun por la fuerza, amigos?

—Que se someta a votación —propuso otra voz.

—¡Eso es! Democráticamente.

—Sea, amigos —volvió a aceptar el comandante de la «Z-X-29»—. Pero permitidme recordar que todos nosotros tenemos una delicada misión que cumplir. En Júpiter están ocurriendo cosas extrañas y allí hay más de cien millones de personas. Ignoramos lo que puede estar pasando allí... ¡Y nuestro deber es averiguarlo! ¡Para eso nos enviaron y estamos aquí!

—¡Bien dicho, Pat! —aprobó Tom Jerrison.

Tantas voces se unieron a la del joven teniente, que prácticamente parecía una pérdida de tiempo la votación. Pero el grupo capitaneado por el ingeniero Malko también se manifestó, hasta el punto de terminar diciendo el prometido de la psiquiatra Susan Simons:

—¿Qué te pasa, capitán? ¿Necesitas sentirte un héroe?

Una vez más revistiéndose de paciencia ante aquel hombre abiertamente ofensivo, Patrick Breiter replicó:

—Lo que necesito, es la ayuda de todos, Malko.

—¡No tendrás la nuestra!

—Sois menos de treinta, más o menos, Malko.

—¿Y qué? ¡Tenemos derecho a opinar!

—Opina lo que quieras. ¡Pero la mayoría decide!

—¡Será una locura!

—Debemos intentarlo —se alzó la voz del astrofísico Colins—.

Incluso desde el punto de vista científico... ¡Interesa a toda la Humanidad saber qué clase de barrera invisible es ésa!

La decisión del capitán Patrick Breiter se aprobó por una gran mayoría, sobre todo en consideración de lo que pudiera estar ocurriéndoles a los cien millones de seres humanos destacados en la colonia terrícola del planeta Júpiter.

En ello también entraban otros factores, no menos importantes.

Toda la Humanidad no podría estar tranquila, sabiendo que en el quinto planeta del Sistema Solar, el último conquistado por el hombre, el más gigantesco y mejor dotado, el que podía convertirse en la esperanza de la raza, existían misterios insolubles.

¡Era preciso entrar en comunicación con ellos!

Bien para salvarlos... ¡o para aniquilarlos!

Todo dependía de múltiples factores.

De lo que encontrasen allí...

* * *

El quinto proyectil atómico explotó como sus anteriores compañeros, formando en el espacio un hongo inmenso de más de treinta kilómetros de altura, para seguir ensanchándose en su base otros tantos, a medida que el tiempo pasaba y las columnas de espesos humos, de todos los colores, parecían retorcerse y luchar fieramente entre ellas en su pugna por alzarse, ensancharse y disolverse en el infinito espacio.

A prudente distancia, fijamente marcada por los sensibles mecanismos de la «Z-X-29», todo el personal responsable de algún puesto vital de la astronave, pudo contemplar el singular espectáculo de las explosiones atómicas.

Para muchos de ellos, aquélla era la primera vez que podían visionar la desintegración de los átomos. Algo realmente espantoso e impresionante, capaz de quedar para el resto de sus vidas retenido en las retinas, como un recuerdo pavoroso.

Algo realmente infrahumano, aunque fuese el hombre mismo el que había sido capaz de encontrar el medio más eficaz y terrible de desintegrar la materia en su más mínima expresión, con formidables estallidos infernales en cadena.

En su afán de poder, de dominar todas las leyes de la Naturaleza,

el hombre también había conseguido otra cosa. Y hacía más de un siglo que ciertas explosiones atómicas podían ser «limpias». Esto es: bombas y proyectiles atómicos, con todo su poder destructivo y desintegrante, pero sin el horroroso peligro de la contaminación de la lluvia radiactiva.

Los proyectiles lanzados desde los costados de la «Z-X-29» eran de esa clase, aunque sin ceder un ápice en su poderoso poder destructivo y desintegrador.

Y sin embargo...

El primero en proclamar su perplejidad y asombro fue el experimentado astrofísico Colins, que exclamó más entusiasmado que entristecido: *

—¡Es impresionante! ¡Asombroso! ¡Realmente inexplicable y no responde el resultado a ninguna ley física hasta ahora conocida!

Porque una cosa sí que había quedado bien manifiesta y clara: la misteriosa barrera invisible seguía intacta, dado que los cinco proyectiles atómicos precisamente al chocar con inaudita violencia contra ella habían explotado, comprobado por las mediciones que se habían efectuado desde la astronave, cuando los artilleros calcularon la distancia del objetivo.

De ello no cabía ni la menor duda porque, más allá de ese punto donde habían explotado los proyectiles, ni se vislumbraba la menor columna de humos: como si una gigantesca bola de cristal irrompible de cerca de un centenar de millones de kilómetros de diámetro, hubiese protegido todo lo que guardaba en su interior, después de haber resistido hasta sin astillarse, los disparos de una pistola de juguete.

El profesor Colins tenía más que motivos para su admiración.

Como científico no quería dar crédito a lo que habían visto sus ojos, aunque como un simple ser humano tenía que admitir que sus pupilas mortales no le estaban engañando.

—¡Realmente asombroso! —volvió a exclamar, corrigiéndose a él mismo al añadir—: Mejor que eso, yo diría... ¡Maravilloso!

Con gesto agrio, el ingeniero Malko pretendió corregir:

—¿Le parece «maravilloso», profesor Colins?

El científico se revolvió para buscar las miradas de todos los que le rodeaban, al indagar a su vez con vivo entusiasmo:

—¿Es que a ustedes no les parece también así?

—No, profesor —intervino tristemente Patrick Breiter—. Porque ni aún descargando todos nuestros proyectiles podremos pasar.

—Pero piense un poco, capitán… Digo maravilloso porque lo es que hombres de ciencia al fin hayan conseguido una cosa así. ¡Es la teoría en la que les dije investigábamos hace muchos años en la Luna! ¡Pero una teoría ahora hecha realidad! ¡Ahí lo tienen! Estamos ante un gigantesco campo magnético, que protege como una bóveda invisible al planeta Júpiter y a sus doce satélites naturales…

—Pero «eso»… ¿«Eso» no se destruye ni aun con la desintegración del átomo, profesor?

—Su pregunta es ingenua, capitán Breiter. ¿O es que ignora que las ondas magnéticas en esencia están compuestas por ínfimos corpúsculos de luz, infinitamente más pequeños que los átomos?

—No nos venga ahora con una de sus pesadas «conferencias», Colins —pareció reprochar el anciano astrónomo Blakely.

—¿Pesados los datos que les doy? —protestó el astrofísico, atacando a su vez—. Su ignorancia es supina, Blakely… Durante toda su larga vida tan sólo Se ha interesado por lo grande y descomunal, por lo gigantesco y distante. ¡Por eso se hizo astrónomo!

—No niego que me encantan las grandes magnitudes, no lo ínfimo e insignificante, como a usted.

—Pues ha de saber usted que en un simple átomo se agita en su interior otros «universos». A semejanza al que usted tan pomposamente nos anuncia que ha estudiado, un átomo está compuesto por ínfimas partículas muchísimo más pequeñas que él, llamadas Neutrones y Protones, que a su vez se subdividen en Positrones y Neutrinos, tanto positivos como negativos, todo ello girando vertiginosamente en torno a un núcleo que…

—¡Lo dicho! —volvió a ironizar el astrónomo—. Nos dará toda una conferencia.

—¿Le molesta que intente instruir a estos jóvenes?

—Me cansa.

—¡Pues se aguanta! —explotó el profesor Colins—, Es preciso que todos comprendan ante lo que nos hayamos.

Interviniendo pacificador, Patrick Breiter concluyó:

—No se moleste más, Colins. En términos generales, lo comprendemos. Y resumiendo debemos llegar a esta conclusión: ¡no

podremos pasar!

—Añada otra hipótesis, capitán Breiter.

—Usted dirá, profesor.

—Si nos han hecho esa portentosa demostración, hay que admitir que, al menos científicamente, están muchísimo más adelantados que nosotros. De lo cual se infiere que también lo estarán en otras materias.

—¡Sólo hipótesis! —volvió a gruñir el astrónomo Blakely—. Me niego a creer que en Júpiter estén más adelantados que nosotros.

Tras un mudo intercambio de miradas con la joven, Patrick Breiter consintió:

—Ve con él, Susan. ¡Aquí aún tenemos mucho que discutir!

La mujer siguió resignadamente los pasos de su prometido, mientras una vez más la voz del profesor Colins se alzaba al decir:

—¡Tengo otra hipótesis que proponer, amigos!

No sin alguna que otra sonrisa entre los presentes, el responsable de la «Z-X-29» consintió:

—Adelante, profesor Colins.

—¿No creen que puede haber alguna posibilidad de penetrar dentro de esa barrera invisible?

—¿Cuál? —alentó el piloto ayudante Palmer.

—¡Rodearla! —propuso escuetamente el astrofísico.

—Explíquese, profesor —se interesó Patrick Breiter.

—Simplemente lo que he dicho. ¡Rodearla...! Nuestro radar nos irá detectando su existencia, según vayamos dándole la vuelta... ¡Completa, si es preciso!

—No es mala idea —pensó Tom Jerrison.

—Es la única, ya que han fallado nuestros proyectiles atómicos —se reafirmó Colins, con redoblado entusiasmo—. Y si encontramos alguna abertura, alguna zona donde no existan los rayos magnéticos... ¡Nos colamos por ese agujero!

Varios aprobaron la propuesta del profesor Colins, aunque el comandante de la astronave recordó:

—¡Un momento! Creo que olvidan algo.

—Usted dirá, capitán Breiter.

—Para eso tendremos que desviarnos mucho de nuestra ruta inicial. ¡Millones y millones de kilómetros!

—No hay problema, Pat. Nuestras baterías atómicas se recargan

por sí solas.

—No me refería a eso sólo, Tom.

—¿Entonces...?

—Hay los problemas de los depósitos del agua, los víveres y otros muchos.

—Nos someteremos a media ración —apuntó alguien.

—¡No se hable más! Haremos lo que propone el profesor Colins.

—¡Manos a la obra, capitán!

—¡Sí! ¡Haremos nuestra esta cruzada!

—¡Bien dicho, Larry! ¡Esta lucha es nuestra!

—¡Calma, amigos, calma! ¡Tranquilícense todos! —volvió a pedir prudentemente Patrick Breiter—. En principio, no se trata de ninguna lucha, ni ninguna guerra. Y mucho menos es una cruzada nuestra contra los que viven en Júpiter: ignoramos lo que pasa y por lo tanto debemos ser precavidos, pero no alocados.

Hizo una estudiada pausa, para añadir de inmediato:

—De cualquier manera, les pido a todos la máxima colaboración.

La reunión continuó, para perfilar hasta el menor detalle, habida cuenta de que se enfrentaban a hechos tan extraños como insólitos.

Por lo tanto, cualquier imprudencia, el menor fallo, podía resultar fatal...

CAPITULO VI

Siempre guiándose por las señales devueltas en las pantallas del radar, la vertiginosa marcha en curvatura de la «Z-X-29» prosiguió durante días y días.

Tenían la extraña sensación de que estaban intentando rodear a una gigantesca bola de cristal de millones de kilómetros de diámetro, en cuyo interior las observaciones telescópicas de la astronave detectaban al planeta Júpiter y a sus doce satélites naturales.

Por supuesto, todo intento de comunicación interplanetaria con el gigante Júpiter resultaba nulo. Los radioimpulsos emitidos desde la astronave, en todas las longitudes de onda, también eran devueltos.

Era como si aquel mundo lejano y extraño, estuviese en otra dimensión.

¿Lo estarían también los cien millones de seres humanos que vivían allí?

Naturalmente, llegó un momento en el que, aun fuera de servicio, todas las conversaciones giraban en torno a mil hipótesis y a todos aquellos fenómenos; misterios más bien, del que cada quien sacaba sus propias' conclusiones.

Hasta las más fantásticas y peregrinas.

Todo aquello resultaba obsesionante.

Hasta el mismo capitán Patrick Breiter no podía librarse de aquella obsesión y, frecuentemente; charlaba con sus más íntimos de aquella forzada prolongación del viaje.

—Me temo que daremos la vuelta completa, sin ningún resultado positivo —comentó un día con el joven Tom Jerrison.

—Debes descansar, Pat —recomendó el amigo—. Últimamente duermes muy poco.

—¿Es que a ti no te quita el sueño todo esto, Tom?

—¡Tú dirás! Aun en mis horas libres, no hago más que pensar en ello.

—Te comprendo: también te debes sentir responsable.

—No, Pat: responsable no. Le ha tocado la «china» a la «Z-X-29»,

como pudo tocarle a otra astronave.

—Pero todas esas personas que viajan con nosotros, todos esos hombres y mujeres...

—¡Mala suerte, chico! Aunque, al fin de cuentas, estamos viviendo una experiencia muy interesante.

—Mientras todo esto termine bien...

—¿Tú qué crees, Pat?

—¿Qué puedo decirte, Tom? Ni aun en la Tierra saben cómo abordar el problema. El Gobierno está reunido permanentemente, siempre esperando nuestras noticias.

—Que nos dejen en paz de una vez, si son incapaces de encontrar la solución.

—¿Cómo van a encontrarla, Tom? El mismo profesor Colins dice que una cosa así es inconcebible. Que escapa a toda lógica y leyes físicas... por lo menos hasta las ahora conocidas.

—¡Ese es el gran problema, Pat! Que alguien en Júpiter está empleando «algo» que nosotros desconocemos totalmente... «Algo» con lo que, por lo tanto, no nos podemos enfrentar.

—Al menos, seguiremos intentándolo.

—Bien, pero... ¿Una vez demos la vuelta completa?

—Pues daremos otra... ¡Y otra! ¡Y otras más!

—Se nos terminará el uranio, Pat.

—No, Tom: seguiremos hasta el límite. Sólo cuando nos queden las reservas, volveremos a la Tierra.

—¡Fracasados! —se lamentó el joven copiloto.

—Te he dicho que antes lo intentaremos todo.

Apretando las mandíbulas, Patrick Breiter lanzó la vista hacia la negrura sin fondo del espacio, a través del endurecido cristal plastificado que tenían ante ellos, para añadir con sorda cólera:

—¡Maldita sea...! Daremos vueltas y vueltas, variando la dirección, como si pretendiéramos envolver con un invisible hilo ... ¡A esa gigantesca bola también invisible!

—Tranquilízate, Pat... ¿Sabes que acabo de dejar a Susan en la sala de música?

—¿A qué viene eso, Tom?

—Hombre... La he visto allí, junto a dos de sus amigas.

—¿Y por qué me lo dices?

—No te sentaría mal un poco de música, para calmar los nervios.

—No, chico, no… ¡Tú lo dices por otra cosa, Tom!

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—¡Condenado seas…! ¡Eso es lo que te he preguntado!

—¿Lo ves como estás irritado?

—¡No estoy irritado, leñe!

—¿Entonces por qué gritas?

—¡Porque quiero, Tom! ¡Porque me sale de las narices!

—¡Naranjas, chico! ¡No hay quien te aguante!

—Lárgate, si quieres.

—Pero si acabo de llegar, Pat. ¡Es mi turno!

—Da igual: mientras más tiempo esté aquí, atado a este condenado sillón, menos preguntas tengo que contestar. ¡Todos me abordan, pidiendo soluciones!

—Es natural, Pat: eres el comandante de la astronave.

—¡Naranjas! Como dices tú… ¡Que me dejen en paz de una vez!

—Anda, chico: levanta y descansa un poco.

Patrick Breiter ya desajustaba el cinturón sujetador cuando su joven amigo volvió a la carga:

—Y hazme caso… ¡Un poco de música te sentará bien! Relaja y…

—¿Por qué no dices claramente que vaya a charlar con Susan, pijotero? ✓

—¿Acaso no te calma ella también?

—¡Me calma, Sí! Pero da la maldita casualidad de que es la prometida de ese imbécil de Malko. ¿Es que no lo sabes?

—¿Quién no, Pat? El bien que presume de ello.

—Pues ya está bien de celos. ¡Ese burro de Malko está que revienta y no quiero más conflictos!

—Lo atizas y en paz, hombre.

—¡De buena gana lo haría, Tom! ¡Le chafaría las narices!

—¿Quién te lo impide?

Patrick Breiter aquella vez tardó más en contestar, al confesar:

—Ella… No quiero meter a Susan en nada desagradable. ¿Comprendes?

—Comprendo esa delicadeza, Pat. Pero no renuncies a la mujer que amas…

—¡Calla, charlatán! ¿Quién te ha dicho que yo amo a Susan?

—Por favor, Pat: que no estoy ciego… ¡Qué naranjas! Eso lo sabe, o por lo menos lo adivina, hasta el último mono de los que están

aquí.

—¡Diablos, Tom! ¿Tanto se me nota, chico?

—No es posible esconder el amor... ¡Y menos a los ojos del amante!

—¿Tú crees que ella también se ha dado cuenta?

—No seas niño, Pat: una mujer llega a la convicción de que es amada, más por lo que adivina que por lo que le dicen.

—Yo siempre la he respetado. He tenido en cuenta que Susan y Malko...

—¡Vamos, hombre! Eso fue antes, hace cerca de un año, cuando iniciamos este viaje y Susan creía estar enamorada de ese zopenco. Luego supo que...

—¡Sigue, Tom, sigue!

—Pues luego se fue dando cuenta de que realmente se iba enamorando de ti.

—¿Tú crees?

—Si lo dudas, ¿por qué no se lo preguntas a ella?

—Eso no: debo dar ejemplo y una cosa así desataría muchas habladurías y no pocos comentarios.

—Poco me importaría a mí, si yo fuese el afortunado elegido de esa deliciosa criatura.

—¿Es que también te gusta, bribón?

—¿Y a quién no, amigo? Nuestra bella psiquiatra es toda una real hembra. ¡Una perita en dulce, vamos!

—Modérate, Tom: no me gusta que digas esas cosas de Susan.

—¿También celoso, como Malko?

—Sabes que no tengo derecho a estar celoso de ella, pero...

—¿Te vas a oír música, o me levanto yo?

—Me voy, hombre... ¡Me voy!

—Declárate.

—¿Có... cómo dices, Tom?

—¡Naranjas! ¡Que te declares a ella de una vez! Patrick Breiter salió de la cabina de mandos, pero no bajó a la sala de música.

Antes tenía que reflexionar hondamente.

Por eso se encerró en su gabinete...

CAPITULO VII

La astronave «Z-X-29» siguió un rumbo que la hacía pasar a varios miles de kilómetros por encima de la misteriosa barrera invisible, siempre guiándose por las indicaciones del radar.

A medida que la gigantesca nave espacial' realizaba su curvatura, el radar parecía rastrear para encontrar un «agujero» por el cual colarse a la parte interior de la barrera.

De súbito, uno de los encargados del radar excitadamente anunció:

—¡Hemos encontrado algo, capitán Breiter!

—¿Qué...?

—¡Otra astronave, señor!

—¿Dónde, Philis?

—Mire usted ahí... A poca distancia delante de nosotros. Venga a la proa y podremos verla mejor con la lente de largo alcance, capitán.

Mientras Patrick Breiter seguía al excitado observador, desde los mandos de la «Z-X-29» el copiloto Tom Jerrison quiso saber:

—¿Qué rumbo sigue, Philis?

—Se comporta extrañamente, teniente. Parece que está orbitando, como nosotros.

—Podría tratarse de otra nave de exploración como la nuestra, Pat.

—Nada de eso, Tom: nos habrían avisado desde la Tierra.

Siguiendo a Philis, el comandante de la «Z-X-29» se apresuró a entrar en la sala de los telescopios, donde otros ayudantes ya observaban con creciente interés la misteriosa nave espacial desconocida.

—Es muy pequeña —hizo notar uno de ellos.

—¡Y va a poca velocidad, capitán!

—De lo cual se deduce que no puede contener sino pocos tripulantes, Philis.

—Así es, señor.

—Bien: pronto la alcanzaremos.

—Me gustaría saber si nos han visto, capitán.

—¿De dónde supones que viene?

—De Júpiter, señor. Por su tamaño no puede venir de más lejos.

—Sí, es posible...

Patrick Breiter siguió observando, para indagar al poco:

—¿Habéis intentado comunicaros con ella?

—No hay respuesta a ninguna de nuestras señales, señor.

El comandante de la «Z-X-29» pulsó el intercomunicador, para ordenar a Tom Jerrison:

—¡Alerta, Tom! Colócate a su lado. Es lo bastante pequeña como para meterla en nuestro compartimiento de transporte.

La «Z-X-29» redujo la velocidad, mientras se acercaba al misterioso vagabundo del espacio cósmico, que parecía flotar en la vecindad de la barrera invisible que protegía a Júpiter y sus satélites.

—Tiene una forma muy extraña, capitán —hizo observar Philis —. Es aún más pequeña de lo que anteriormente calculé.

—Colócate a su lado —volvió a ordenar Patrick Breiter a su copiloto por el interfono.

—Eso intento —respondió Tom Jerrison—, pero parece dar un salto cada vez que me acerco a cierta distancia de ella. ¡Y nosotros también parece que damos un salto hacia atrás!

—¿Quieres decir que intenta evitarnos, Tom?

—No lo sé, Pat. Si fuera así, debería tomar más velocidad.

—Tal vez avanza a su velocidad máxima y ya no puede aumentar Ja aceleración.

Unos instantes después la voz alarmada de Tom Jerrison anunciaba por el interfono:

—¡Mirad! ¿Has visto, Pat? La cosa ha vuelto a saltar, apartándose otra vez de nosotros.

—Nuestra nave también se movió, Tom. He visto como un fogonazo de luz disparado desde el otro lado de esa nave, cuando ocurrió eso.

Yo también.

El astrofísico Colins entró anunciando:

—Utilizan rayos repelentes de radio para impedir que nos acerquemos, capitán Breiter.

—¿Rayos repelentes de radio, profesor?

—Eso he dicho, capitán. Es algo en lo que también se está

investigando en la Tierra… aunque tampoco se ha conseguido.

—Pues por las trazas, esa pequeña nave los posee.

—No hay duda, capitán Breiter.

Patrick Breiter pareció olvidar al sabio profesor Colins y nuevamente pidió:

—¡Atento, Tom! ¡A ver si lo conseguimos!

El joven que estaba ante los mandos de la «Z-X-29» intentó acercarse de nuevo al misterioso vagabundo del espacio cósmico. Tuvo éxito aquella vez, porque no se produjo el resplandor de los rayos de repulsión al otro lado de la pequeña nave.

Varios hombres de la dotación de la «Z-X-29» pasaron al compartimento de la nave interplanetaria, donde introducían la carga general. Luego aguardaron pacientemente a que otros abrieran el costado de la astronave y, cuando frenó totalmente su marcha, con hábil maniobra de Tom Jerrison lograron introducir allí el extraño cilindro alargado.

Las compuertas fueron nuevamente cerradas.

Embutidos dentro de sus abultados e hinchados trajes espaciales, los hombres de la «Z-X-29» se reunieron a lo largo de aquel cilindro cuyo casco de planchas de níquel resplandecía. Observaron con interés aquel objeto de unos cuatro metros y medio, un poco afilado hacia la base. La cabeza era como una ojiva puntiaguda como una bala. De la base salían seis protuberancias cilíndricas, y los cuatro costados llevaban aletas como las que tienen las bombas de aviación, para estabilizar su trayectoria y no desviarse a través de la atmósfera.

De la base del extraño aparato también sobresalía una palanca y a un lado del casco se veía una puerta que, seguramente, debía abrirse hacia el interior de la pequeña nave. Uno de los hombres se acercó en su intención de abrirla, cuando Patrick Breiter ordenó, siguiendo la operación por los circuitos de televisión:

—¡Quieto! No la abran aún… ¡Todavía no sabemos qué contiene!

Y al instante otra orden:

—Retírense todos y utilicen los robots mecánicos. ¡Todos fuera de ahí, pronto!

Media hora después, accionados por control remoto los metálicos robots, realizaron su tarea a conciencia. El interior del cilindro quedó visible, a través de las células fotoeléctricas, a su vez

conectadas a la televisión, y aquellos «hombresmáquinas» observaron que había un ser que yacía totalmente inmóvil, ya fuera en un estado de animación suspendida, o de muerte.

—Que lo saquen fuera y al laboratorio con él —ordenó el comandante de la «Z-X-29», no sin advertir—: Cuidado con el manejo de los robots, muchachos. ¡Lo quiero entero!

Dos horas más tarde, tras los debidos exámenes y análisis, el cuadro médico de la astronave interplanetaria, incluida la psiquiatra Susan Simons, pudo permitir a Patrick Breiter y al teniente Tom Jerrison:

—Podéis pasar. ¡Es un ser humano!

—¿Estás segura, Susan?

—Lo estamos, capitán —aseguró el doctor Feldman—. Aunque eso sí, amigos… ¡Mucho más evolucionado que nosotros!

Acercándose a la mesa camilla, Patrick Breiter no dejó de mirar al ser que parecía dormido allí, pero preguntándole al médico:

—¿.Qué quiere decir con eso, doctor Feldman?

—Usted mismo lo observará, si se fija bien.

Aquel extraño cuerpo humano parecía adelgazado y encogido: los contornos de sus huesos eran casi visibles a través de la carne, color rosa pálido su piel. Daba la extraña sensación que a través de muchas generaciones aquel cuerpo parecía haber perdido la mitad del volumen de un hombre normal y muchos centímetros de estatura y anchura; pero todo esto quedaba compensado por el volumen de su gran cráneo.

La cabeza de aquel cuerpo débil era como un inmenso balón saliente, que por lo menos medía cuarenta y cinco centímetros de la despejada frente a la nuca. Carecía casi totalmente de pelo y los ojos eran muy grandes, la boca más pequeña de lo normal en los seres humanos, y las orejas también parecían de menor tamaño.

La inmensa y abultada frente dominaba las facciones de aquel ser extraño, que ninguno de los presentes podía adivinar desde dónde llegaba.

—¿Muerto? —quiso concretar Patrick Breiter.

—Sólo aletargado, capitán. Pero hemos sido incapaces de reanimarle.

—¡Lástima, doctor! ¡Me gustaría tanto poder hablar con él!

—Fíjate bien, Pat… ¡Realmente es un ser humano! Pero el doctor

Feldman y yo, así como los otros especialistas, estamos seguros que se trata de un ser muy evolucionado.

—Ya oí eso antes, pero quiero que me lo expliquen detalladamente, por favor.

El grupo de especialistas se pusieron a hablar entre ellos, hasta que resumiendo sus conclusiones el doctor Feldman explicó:

—Fíjense bien en su capacidad craneal. ¡Es inmensa! El cerebro de este hombre debe de ser muy grande. Los antropólogos calculan que, dentro de seis o diez millones de años, todos los seres humanos serán más o menos así.

—Y todo eso coincide con la raquitiquez del cuerpo. —Intervino otro de los especialistas.

—¿Qué quiere decir?

—Verá, capitán… Es sabido que, a medida que la civilización avanza, según vamos avanzando en nuestras ciencias y técnicas, naturalmente tenemos que realizar menos esfuerzos corporales.

—Ya sé, doctor. Por lo de las máquinas y otros muchos adelantos.

—Bien: pero todo eso llega a atrofiar el cuerpo, capitán. Sólo la inteligencia, la mente, el intelecto, va ensanchándose cada vez más. De ahí que la capacidad craneal tenga que adquirir más volumen y…

—Comprendo, doctor. No se esfuerce.

—Lo extraño es que este ser —vamos a llamarle hombre, para que no existan confusiones—, no puede darse en nuestra actual civilización —aseguró el doctor Feldman—. Y eso, ni en la Tierra… ¡Ni en Júpiter!

—¿Ha estado usted en Júpiter, doctor Feldman?

—¡Seis veces, capitán! —volvió a afirmar Feldman—. Precisamente por eso me eligieron para este viaje, ya que mis conocimientos sobre ese planeta pensaban que me permitirían hacer un detallado informe.

—Sólo que ahora, con todo esto que está pasando… —intervino otro de los especialistas.

Esparciendo la vista sobre los presentes, Patrick Breiter terminó posando sus pupilas grises sobre el objeto de aquella consulta y pidió, volviendo los ojos a la psiquiatra:

—Bien, amigos… Procuren reanimar a esta «lumbrera» y si lo consiguen… ¡El nos contará muchas cosas!

Susan Simons salió detrás de los dos cosmonautas, alcanzándoles casi en la puerta del laboratorio médico al llamar:

—¡Pat!

—Dime, Susan.

—Me olvidé deciros que, entre otras muchas pruebas, le hice un encefalograma profundo.

—¿Y bien?

—Me temo que no vivirá mucho más.

—¿Tú crees, Susan?

—Observé que sufre encefalitis.

—¿Qué es eso, mujer?

—Inflamación del encéfalo. De ahí suelen provenir encefalorragias y…

—Volvemos a lo mismo, Susan. ¡Soy piloto, no médico ni psiquiatra como tú!

—Está bien, Pat. ¡Pero no hace falta que me grites!

—¿Te he gritado?

—¡Sí! La has gritado —confirmó el serio Tom Jerrison.

—Perdona y dime lo que eso quiere decir.

—Pues como una hemorragia cerebral. La mayoría de las veces, irreversibles, Pat.

—Lo siento, Susan. De todas formas, ya me informaréis.

CAPITULO VIII

La contestación de la Tierra fue concisa, además de concreta:

«Conserven como puedan a ese sujeto… ¡Y sigan intentando llegar a Júpiter!»

Nada más.

Lo malo fue que el «sujeto» murió: ni todo el cuadro médico de la «Z-X-29» pudo evitarlo.

Susan Simons fue la encargada de presentar el parte al comandante de la astronave, quedando Patrick Breiter muy pensativo. La mujer se acercó más al hombre al musitar:

—Lo siento, Pat.

—No te preocupes, mujer; ya me lo advertiste.

—Me preocupan más otras cosas.

—¿Por ejemplo

—Tú, Pat…

El hombre rehuyó la mirada femenina y a su vez musitó:

—Dejemos eso por ahora, Susan. ¡Bastantes preocupaciones tenemos todos!

—Precisamente por eso quiero hablarte, Pat.

—¿De qué, mujer?

—De ti… De mí… Quizá de Malko…

—¿Qué pasa con Malko?

—¡Que no le quiero! —confesó la mujer—. Yo…

—¡Susan!

En un doble movimiento instintivo ambos hablan unido las manos mirándose a los ojos intensamente, cuando de pronto el altavoz zumbó:

—¡Capitán Breiter! ¡Capitán Breiter! ¡A la cabina de mandos, por favor!

Era la voz del joven amigo y al identificarla Patrick Breiter alzó la cabeza, soltó las manos femeninas y exclamó:

—¡Algo pasa! ¡Es la voz de Tom!

—¡Oh! —exclamó a su vez ella, pero con cierta desilusión—. ¿Qué puede ocurrir ahora?

—Voy corriendo… ¡Ya hablaremos más tarde, Susan!

—Como quieras... «cariño»...

Lo último lo dijo con la voz tan baja, que o Patrick Breiter no pudo oírla, o si bien lo escuchó consideró que era más importante lo que podía motivar la llamada del copiloto.

Cuando entró en la cabina de mandos Tom Jerrison salió a su encuentro al informar:

—¡Un mensaje, Pat! ¡Un mensaje de Júpiter!

—¿Có... cómo dices?

—Sí... Lo hemos grabado, por si querías escucharlo y para...

Cuando llegaron al aparato grabador, el hombre encargado de todos aquellos mecanismos pulsó un botón. De la cinta surgió una voz como si llegase desde muy lejos, que empezó a decir:

«¡Aquí Júpiter! ¡Les habla Júpiter...! ¡Desistan o les pulverizaremos...! Repito: vuelvan a la Tierra... ¡O serán aniquilados!»

Patrick Breiter siguió esperado, hasta que inquirió con impacienciaˆ

—¿Nada más que eso, Tom?

El joven copiloto miró a su enérgico jefe como si le viese por primera vez, contestando a la pregunta con otra:

—¿Te parece poco, Pat? ¡Amenazan con destruirnos!

—No lo harán.

—¿Por qué estás tan seguro? ¡Lo oíste tan claro como nosotros

—Pero te repito que no lo harán. Me temo que, de desearlo así... ¡Ya lo habrían hecho!

Y al instante, encarándose con' el encargado de la grabadora:

—¿No hay más mensajes?

—En absoluto, capitán... Cortaron y ni tan siquiera parece que se han dignado oír nuestra respuesta.

—¿Qué transmitiste, Tom?

—Que debíamos consultar con el comandante de la astronave... Fue cuando te avisé con urgencia.

Patrick Breiter pareció reflexionar, mientras miraba uno a uno a todos sus ayudantes que se encontraban en la cabina de mando. Y cuando habló decidió:

—Bien, chicos... ¡Pues vamos a enviarles nuestra respuesta!

—¿Qué piensas decir, Pat?

—Simplemente esto, Tom: «No nos moveremos de aquí... ¡Hasta

encontrar la forma de llegar a Júpiter!»

—¿Y si nos atacan?

—¡Responderemos!

Hubo un instante de perplejidad en los ayudantes, hasta que Palmer recordó:

—Pero señor... ¡Ya vio que nuestros cohetes atómicos no pudieron atravesar esa condenada barrera invisible!

—Cierto, Palmer.

—¿Entonces...?

—Sin ser astrofísico, como el profesor Colins, deduzco una cosa, amigos... ¡Ellos tampoco nos podrán atacar, sin bajar esa barrera invisible!

—¡Naranjas, Pat! Eso... ¡Eso parece muy acertado!

—Gracias, Tom.

—Bien, señor... —empezó a razonar Palmer—. ¡Pero siempre tendrán ventaja!

—¿Por qué, Palmer?

—Piense que, como esa condenada barrera es invisible, no sabremos cuándo desconectan ese campo magnético, para dispararnos.

—¿Para qué tenemos el radar, Palmer? Nada más no regresen a la pantalla nuestras señales, sabremos que también podremos disparar.

—¡Es verdad, capitán! No había pensado en eso.

—Diré más, muchachos; pienso que, en alguna zona, esa barrera magnética ya no existe.

—¿Por qué, Pat?

—¿No habría llegado hasta nuestros aparatos receptores sus radioimpulsos con su mensaje? Recordad que ni los átomos desintegrados en cadena fueron capaces de traspasar esa barrera. Lo que indica que menos lo puede hacer los impulsos de unas ondas.

—También es cierto, Pat. ¡Estás genial, chico!

—Otra vez gracias, Tom; pero ahora hay que empezar a trabajar. ¡Y muy rápido!

—Decide y haremos lo que digas. ¿Verdad, muchachos?

—Por supuesto, teniente.

—Usted dirá, capitán.

—Bien: ante todo, poner la nave en zafarrancho de combate.

¡Cada uno debe estar en su puesto y no moverse de ahí!

—Eso está hecho, Pat: ahora mismo mandamos el aviso.

—Y a moverse rápidos, Tom. ¡Hay que encontrar esa zona libre, por la que nos podamos colar al interior!

—Rastrearemos con el radar como sabuesos —volvió a aceptar el animado Tom Jerrison.

—Pues a retransmitir mi respuesta. ¡Seguro que la esperan!

Al instante, el mensaje del capitán Patrick Breiter fue retransmitido.

«No nos moveremos de aquí... ¡Hasta encontrar la forma de llegar a Júpiter!»

La respuesta no se hizo esperar.

También en tonos amenazadores.

El aparato transmisor y receptor lanzó a las ondas de la cabina de mandos de la «Z-X-29»:

«¡No sean locos! ¿Quieren que los fulminemos?»

Al oír aquella voz, que sin duda les llegaba desde el planeta Júpiter, Patrick Breiter apretó los labios y cerró fuertemente los puños, intentando adivinar,' intuir el peligro que les podría sobrevenir tras la nueva amenaza.

Ya habían empleado los términos «pulverizar», «aniquilar» y últimamente «fulminar».

Bien: ¿es que podían —y serían— capaces de hacerlo?

Patrick Breiter se dio cuenta de que todos sus ayudantes le estaban mirando fijamente, expectantes, como anhelando intuir qué decisión iba a tomar.

De lo que él dijera no sólo dependía el éxito o el fracaso, sino también las doscientas vidas que viajaban en la «Z-X-29».

En momentos así es cuando se siente todo el peso del mando.

Toda la enorme responsabilidad.

CAPITULO IX

—¡Adelante, Tom!

La astronave aceleró con toda la potencia de sus propulsores atómicos, al tiempo de emitir todas las pulsaciones de los distintos radares de que disponía la «Z-X-29».

Fijos los ojos en las pantallas, sus hábiles manipuladores observaban la menor oscilación en ellas, dispuestos a conectarlas por medio de células fotoeléctricas a los cerebros electrónicos que, a su vez, por medio de microordenadores, marcarían la ruta a seguir nada más registrar a toda velocidad la falta del invisible obstáculo que habían detectado se imponía ante ellos.

Aquello era como ir rastreando, a velocidades de vértigo, sobre una resistente película transparente, hasta encontrar el menor fallo.

De pronto, por tercera vez llegó hasta ellos la voz metálica que debía hablarles desde Júpiter:

«¡Está bien…! Decididamente, ¡quieren suicidarse!»

Sin perder una sola fracción de segundo Patrick Breiter ordenó:

—¡Rápidos! ¡A seguir las ondas de esos radioimpulsos! ¡Ellos nos llevarán al interior de esa endemoniada barrera mágica!

Guiada por las indicaciones de los microordenadores, la «Z-X-29» continuó su veloz rastreo, pero ahora siguiendo las ondas radioimpulsadas desde los mecanismos transmisores de Júpiter.

Fue como un milagro.

Al fin el radar demostró que la barrera invisible había sido salvada, puesto que sus emisiones no retornaban a las pantallas, siguiendo sus pulsaciones hacia el lejano planeta y hasta sus doce satélites.

Cuando aparecieron estas indicaciones en el tablero cosmográfico, con un grito de júbilo Patrick Breiter exclamó: •

—¡Ya estamos dentro, amigos!

—¡Lo hemos logrado, Pat! —gritó a su vez Tom Jerrison.

—¡Hurra! —casi bramaron los otros ayudantes.

—No cantemos victoria, muchachos —recomendó su jefe—. Ahora nos puede llegar una respuesta más contundente.

—¿Te refieres a que…?

—Sí, Tom: no creo que hayan amenazado en vano.

—Pe… pero si lo hacen significará la…

—La guerra de Júpiter contra la Tierra —terminó el pensamiento Patrick Breiter, quien añadió más excitado—: ¡La guerra contra todo el Sistema Solar, amigos!

—¡Horroroso, Pat!

—Ellos lo decidirán, Tom.

—¿Y aun así crees que…?

—Aun así… ¡Rumbo hacia Júpiter, Tom! No nos dejan otra alternativa…

* * *

Patrick Breiter acertó: aquella vez la respuesta fue más contundente.

Mejor podría decirse fulmínea.

En forma de velocísimos rayos láser que, impactando sobre la parte trasera de la «Z-X-29» con todo su poder desintegrador, en una sola fracción de segundo materialmente «serraron» a la gigantesca astronave, haciéndola perder una quinta parte de su largura y volumen.

Así que aquel veloz relampagueo cesó, todos los paneles de alarma empezaron a dar los resultados. Una simple lectura le hicieron anunciar a Palmer:

—¡Hemos perdido toda la cola, capitán Breiter!

—¿Seguro, Palmer?

—Observe estos datos, señor.

—¡Uf! Menos mal que han funcionado los compartimientos de seguridad. Cada acción puede convertirse en independiente y…

—Cierto, capitán. Pero todo el personal destinado allí… ¡También se habrá volatilizado!

No eran palabras, sino tristes y trágicas realidades.

Más de veinte seres humanos ya estarían desintegrados, convertidos en forma fulminante en simple polvillo cósmico, como aquella quinta parte «serrada» y volatizada de la fuerte estructura metálica de la astronave.

A la gran cabina de mandos empezaron a llegar partes alarmantes y notificaciones que emitían un sinfín de instrumentos.

El departamento de carga se había perdido, con todo lo que ello significaba en cuanto a los depósitos de agua, víveres, alimentos y mil cosas más necesarias.

Las bajas habían sido, exactamente, once hombres y nueve mujeres.

El laboratorio médico, incluyendo su sala-hospital, había tenido que ser abandonado debido a la descompresión del aire, convertido ahora en una zona totalmente inhabitable de la «Z-X-29», hasta que se consiguieran realizar las reparaciones necesarias.

Al tener aquel dato en su poder, Patrick Breiter no pudo dejar de interesarse:

—¿Y Susan?

—Se encuentra bien, como los otros médicos —aseguró el informante—. Nada más que funcionó la alarma todos se trasladaron a la sección siguiente. Sólo ese ser tan extraño se quedó allí y…

—No le importará —manifestó el comandante de la astronave, casi mordiendo sus palabras—. ¡Ya estaba muerto!

En su vertiginosa marcha, ya fijado el rumbo directamente hacia Júpiter, la astronave descendía dando peligrosos bandazos a derecha e izquierda, muy difíciles de controlar. Jerrison accionó los mecanismos reguladores, pero tuvo que advertir:

—Hemos perdido gran parte de la zona estabilizadora, Pat. ¡La «Z-X-29» baja como un pato mareado!

—De cualquier manera, ya estamos dentro y debemos seguir, Tom. ¡Como sea!

En aquel instante, les llegó otra transmisión desde Júpiter, aquella vez más claramente:

«Tendrán que rendirse… ¡O les iremos cortando como a un salchichón! ¡Ustedes eligen!»

Todos comprendieron lo que aquella nueva amenaza significaba. La «Z-X-29» otra vez sería como serrada en otra de sus secciones; ante el fulminante poder de los rayos láser nada podían hacer. Y no obstante Tom Jerrison intentó bromear:

—Ese tipo tiene sentido del humor.

—Sí… —reconoció a su vez Patrick Breiter—. Un sentido del humor… ¡siniestro!

—¡Ha dicho que nos irán cortando como a un salchichón, Pat! ¡Mira que comparar a nuestra bonita «Z-X-29» con una longaniza!

La voz desde Júpiter volvió a advertir:

«¡Tienen siete segundos para rendirse!»

Poniéndose personalmente ante el intercomunicador planetario, Patrick Breiter tuvo que aceptar, aunque con cólera mal contenida:

—¡Está bien! ¡Está bien! Nos rendimos… Pero nuestra misión es llegar a Júpiter… ¡Y aterrizaremos ahí!

«Nadie se lo impedirá, capitán Breiter… Aunque lo harán siguiendo nuestras instrucciones» —fue la respuesta.

Desconectando el transmisor, el comandante de la astronave dijo con asombro y rabia a sus ayudantes:

—¿Habéis oído? Ese tipo, además de burlón… ¡es un mago! ¡Conoce mi nombre!

—Vete a saber cuántas cosas más conocen de nosotros —temió Tom Jerrison.

—Repito, Tom. ¡Todo esto es de magia! Pronto hará un año que salimos de la Tierra, y nadie más que el Gobierno sabía que yo, nosotros…

Patrick Breiter tuvo que interrumpirse: en la cabina de mandos acababa de entrar violentamente el fornido ingeniero Malko, empuñando un fusil atómico.

Los siete hombres que le seguían iban armados igualmente.

Los ocho sublevados se abrieron en abanico y lo avanzó destacándose el rugir:

—¡Queda relevado del mando, capitán!

—¿Qué significa esto, Malko?

—Me ha oído perfectamente capitán. Seremos minoría, pero no queremos seguir bajo el mando de un… ¡loco!

Y seguidamente exigió:

—¡Abra ese intercomunicador! ¡Les diremos que nos rendimos!

Con cierta ironía amarga, Patrick Breiter indicó:

—Llegó tarde, Malko… ¡Ya les hemos dicho que nos rendimos!

Como buscando la confirmación en Tom Jerrison y los otros pilotos ayudantes, Malko los fue mirando uno a uno al desear concretar:

—¿Es cierto…?

—¡Lo es, estúpido! —apostrofó Tom Jerrison—. ¡Y dejen de jugar a piratas descontentos!

Malko pareció dudar, antes de decidir:

—De todas formas… ¡Mis amigos y yo seguimos con el mando!

El intercomunicador planetario había sido abierto y la voz desde Júpiter les llegó a todos.

«Descarguen todas sus baterías atómicas. ¡Todas las armas…! Sólo así les permitiremos aterrizar… ¡O los fulminamos!»

—Ya lo ha oído Malko… ¡Arrojen también esos malditos fusiles!

—¡No! —rechazó el ingeniero—. ¡Son nuestra garantía contra todos ustedes!

—¿Quién es ahora el loco, amigo? Si no obedecemos sabe que nos pueden…

—Yo hablaré con ellos… Prefiero correr ese riesgo, a que todos ustedes intenten cualquier otra majadería…

Se interrumpió y en sus locos celos se puso a recordar, dirigiéndose directamente al comandante de la astronave:

—¿Sabe que Susan estuvo a punto de morir? Estaba con los otros médicos en su sección cuando…

Aquella vez fue Patrick Breiter quien le interrumpió al aceptar, dispuesto a no llevar todo aquello al aspecto personal:

—De acuerdo, Malko… ¡Usted manda!

CAPITULO X

Era cierto: Júpiter podría convertirse para la raza humana en un Paraíso Terrenal.

Las rampas de lanzamiento para las astronaves interplanetarias; las pistas de aterrizaje; los amplios hangares; los largos y enormes vestíbulos de mármol blanco pulimentado y brillante para los pasajeros; las anchas autopistas que en forma radial partían desde allí; los pasos elevados por donde circulaban unos extraños pero ultramodernos vehículos, que parecían deslizarse sobre alfombras invisibles de alguna misteriosa energía, y los altísimos edificios que se elevaban hacia aquel purísimo cielo adornado con doce «lunas», denotaban en todos y cada uno de sus detalles que allí se estaba desarrollando una civilización muy superior a la que se podía gozar en la misma Tierra, incluyendo los otros planetas ya conquistados del Sistema Solar.

Pero lo más asombroso, lo que más llamó la atención de todos los viajeros de la «Z-X-29», eran los habitantes de aquella avanzadilla de la raza humana.

¿En verdad eran o descendían de la raza humana?

Costaba trabajo admitirlo así, dado su asombrosa perfección, y en todos los órdenes.

Si era verdad eran seres humanos, parecían como transfigurados, como dioses...

Sus cuerpos se habían convertido en grandes figuras, de tal poder y belleza física como nunca cabía imaginarse que pudiera existir. Tenían varios centímetros más de estatura y de ancho, y aunque su piel era de un color rosa pálido, denotaba vitalidad y energía, dado que todos los miembros y músculos parecían modelados, por un maestro escultor.

No obstante, el cambio principal se había producido en sus rostros. Casi podía asegurarse que, en todos ellos, los rasgos sencillos y de buen humor habían desaparecido, reemplazados por unos rostros cuyas facciones perfectas respondían al inmenso poder intelectual que brillaba casi sobrecogedoramente en sus límpidos ojos.

Ojos de hombres intelectuales y sabios.

¡Todos ellos!

Incluyendo a los que realizaban los trabajos más bajos o las tareas más sencillas, más simples.

La sensación, aunque asombrosa en cierta forma resultaba molesta por las comparaciones, pues ante aquellos seres tan superiores se sintieron como los antiguos trogloditas pudieran sentirse ante los hombres más avanzados de hoy.

Esta molesta sensación se agudizó cuando comprobaron que, entre los habitantes del planeta Júpiter, no parecía ser necesarias las palabras. No hablaban entre ellos y se entendían a la perfección por señas de sus inteligentes miradas, o bien eran capaces de la telepatía.

¿No era todo aquello inaudito, realmente asombroso?

Algunos de los viajeros de la «Z-X-29» llegaron a aterrarse, cuando después de ser transportados en unos veloces vehículos voladores a ras de los altos edificios, los depositaron en una gran sala, toda ella metálica, de Ia que empezaron a brotar gases por todas partes. Desde los techos, paredes, desde el suelo…

—¡Nos están gaseando! —gritó una de las mujeres—. ¡Nos van a matar a todos nosotros!

La psiquiatra Susan Simons corrió hacia la aterrada compañera de viaje, para intentar animarla. Patrick Breiter imitó a la bonita muchacha, en su deseo de reconfortar a algunos de sus hombres, lo mismo que Tom Jerrison, Palmer y los que se mostraron más enteros.

En verdad que el temor existía, ya que de ellos habían apartado al ingeniero Malko y a los treinta sublevados que le seguían, bajo cuyo imperioso mandato la «Z-X-29» había logrado aterrizar en el planeta.

Esto había ocurrido en el planetario-aeropuerto, y ya no les había vuelto a ver más.

¿Por qué aquella segregación con ellos?

Los gases no dejaban de brotar por todas partes y, medio inconsciente, Patrick Breiter se arrastró por el suelo metálico, hasta conseguir llegar a Susan Simons. Los dos jóvenes se miraron intensamente a los ojos en medio de aquella atmósfera cada vez más enrarecida, más densa y opaca, se buscaron las manos y el hombre

confesó con un hilo de voz:

—¡Te amo, Susan!

—Yo... ¡yo también te quiero, Pat! —susurró ella.

No pudieron decirse más.

¿Pero no era como habérselo dicho todo...?

* * *

Patrick Breiter miró en torno suyo y tan sólo vio a siete de sus compañeros: a Susan Simons, a su copiloto Tom Jerrison, a Palmer, al astrofísico Colins, al viejo astrónomo Blakely, al joven Philis y al doctor Feldman.

Estaban en una especie de gigantesco laboratorio, con infinidad de aparatos e instrumentos, muchos de los cuales no era capaz de identificar, ni tan siquiera intuir para qué podían servir.

El interior de aquella inmensa sala era un espectáculo resplandeciente, con paredes de azulejos blancos e instrumentos que lanzaban destellos. Una inmensa estructura cúbica de metal transparente, coronada por un enorme cilindro también de metal semejante, se unía a un gran tubo de vacío que, a su vez, estaba conectado a unos tableros con infinidad de hilos, botones y palanqueas de mando. En el suelo, también enlosado de blanco, se veían las dinamos y poderosos motores que debían alimentar de energía al gran y extraño armatoste.

Y como presidiendo todo aquello, un hombrecito bajo, totalmente calvo, regordete y rechoncho, con pequeñas manos abultadas de dedos muy cortos, alzó su voz estridente casi de niño al indicarles con una sonrisita de conejo:

—¡Sed bienvenidos, camaradas! ¡Estáis en el «sancta sanctorum» de mi planeta!

Ni el hombrecillo, ni su vocecilla estridente infantil, ni lo que dijo con aquel tono posesivo, le gustó a Patrick Breiter.

«Mi planeta...» ¿Qué quería significar con aquello?

¿Acaso todo Júpiter pertenecía a aquel enano regordete y calvo, que más bien parecía un bufón escapado de cualquier corte medieval de pasados siglos?

Porque aquel tipejo vestía zapatillas, medias blancas muy ajustadas a sus regordetas piernas que ascendían hasta sus ingles,

cubrían el resto de su cuerpo, hasta el ancho cuello de carne fofa, con una especie de armadura negra, libres también sus cortos brazos cubiertos de guantes hasta los codos, del mismo blanco que las medias.

Patrick Breiter se esforzó por ocultar su instintiva repulsión y secamente a su vez indagó:

—Díganos quién es usted... ¿Y por qué nos han traído aquí? ¿Y qué han hecho, del resto de nuestros compañeros?

—Demasiadas preguntas, capitán Breiter...

—¿Quién diablos es usted? —volvió a insistir.

Fue cuando el profesor Colins se movió- junto a él, al empezar indicando, con su habitual calma científica:

—Yo le diré quién es, capitán...

—¿Usted, profesor Colins? —preguntó con la mayor de las extrañezas.

—Sí, capitán... Este raquítico personaje y yo... ¡nos conocemos desde hace mucho tiempo! ¿Verdad, Wal-ter?

—¡Ya no me llamo Walter! —rechazó con viveza y altivez el personajillo—. ¡Ahora todos deben llamarme Cosmocrator!

—¿Cosmocrator, Walter? —siguió el divertido profesor Colins—. ¿Acaso intentas fundar una Cosmocracia, una monarquía universal?

—¡Lo conseguiré, Colins! Una vez cree en Júpiter las condiciones necesarias.

—Sí, claro... Siempre tuviste grandes sueños de dominación... ¡Aunque en la Luna sólo eras un científico que no valía para nada!

—¡Tu envidia me impedía investigar más!

—¿Mi envidia, Walter?

—Sí. Diste malos informes de mí y así me echaron de aquel laboratorio de la Luna... ¡Pero ahora te demostraré mi poder!

—¿Cómo, Walter? ¿Disparando un perfeccionado rayo láser contra una astronave que llega en misión pacífica? ¿Asesinando a veinte personas y sabe Dios lo que habrás hecho con el resto de nuestros compañeros?

—Vuestros compañeros no han muerto. ¡Van a ser transformados! ¡Como vosotros!

—¿Transformados...? —quiso intervenir Patrick Breiter.

—Eso he dicho, capitán Breiter. ¡No me gusta repetir las cosas!

Pero el profesor Colins nuevamente habló al pedir:

—Un momento, capitán Breiter. Quiero confirmar lo que estoy pensando.

—¡Adelante! —invitó risueño e irónico el hombre bajito.

—Deduzco que te trasladaste a Júpiter y seguiste investigando sobre los campos magnéticos, ¿no, Walter?

—Así fue, ridículo «profesor» Colins... ¡Y ya ha visto mis portentosos resultados!

—¡Cierto! Realmente magnifico, Walter... ¡Pero dudo que sea una realización tuya!

—¿Por qué no? Tengo más capacidad creativa de la que tú suponías, «profesor». Vosotros abandonasteis aquellas investigaciones. ¡Yo no!

—Perdona, pero sigo dudando que lo consiguieras tú solito.

—¡De acuerdo! Otros cerebros me ayudaron. ¡Pero fue porque yo conseguí inventar mi «Transformador»

—¿Te refieres a todos esos raros artilugios cae tienes ahí?

—Esos «artilugios», como tú los llamas... ¡Tienen el poder de transformar al hombre! ¡A la raza humana!

—¿Cómo dices, Walter?

El personaje se encaramó sobre un taburete metálico frente al tablero de los mandos, preguntando a su vez, siempre con marcada ironía burlona:

—¿Sabes algo acerca de la evolución, Colins?

—Yo sí —contestó el doctor Feldman.

—Muy bien, doctor Feldman. Entonces no ignora que toda la vida en la Tierra comenzó como simples protoplasmas unicelulares, que mediante sucesivas mutaciones, o cambios evolutivos, alcanzó sus formas presentes y sigue desarrollándose... lentamente.

—Lo sé, a través de la Biología.

—Bien, eso me ahorrará tiempo, aunque trataré de explicarlo desde el principio. Conoce, o dice conocer, los pasos principales del desarrollo evolutivo. Repito que en la Tierra la vida comenzó como simple protoplasma, una masa gelatinosa, a partir de la cual se desarrollaron pequeños organismos unicelulares. A partir de éstos se desarrollaron, a su vez, las criaturas marinas, los saurios terrestres, los mamíferos, a través de mutaciones sucesivas. Hasta ahora, ese constante proceso evolutivo infinitamente lento ha alcanzado su punto más alto con el mamífero HOMBRE... y continúa con la misma

lentitud.

—¿A qué viene todo eso? —protestó Tom Jerrison.

—Este es un hecho biológico comprobado —siguió el hombrecillo tras fulminar con sus brillantes ojillos de ratón al joven copiloto—. Pero hasta ahora, han quedado sin responder dos grandes preguntas relativas a ese proceso evolutivo. La primera: ¿cuál es la causa del cambio evolutivo, la causa de las mutaciones lentas y constantes hacia formas superiores? La segunda: ¿cuál -será el camino futuro de la evolución del Hombre; Hacia qué formas evolucionará el hombre futuro y dónde se detendrá su evolución?

Temiendo cualquier histérica reacción del hombrecillo, que pudiera perjudicar a sus compañeros, todos los presentes continuaron en silencio, escuchándole añadir:

—Por ahora, la Biología no ha sido capaz de responder a estas preguntas. ¡Pero yo sí encontré la respuesta a una de estas preguntas, y pienso también encontrar la otra!

—Espera, Walter —alzó la mano Colins—. Antes dinos por qué…

—¡Ya no me llamo así! —le interrumpió histéricamente el hombrecillo—. E insisto en que no me gusta repetir las cosas o…

Pareció recrearse al dejar suspendida su palabra, para terminar colérico y amenazante:

—¡O os fulminaré a todos! ¡A vosotros y al resto!

—Perdona, Cosmocrator…

CAPITULO XI

—Eso está mejor, Colins —aceptó con aire satisfecho.

—Es que dijiste algo que...

—Hablo absolutamente en serio. ¡He resuelto realmente el primero de estos problemas! ¡He descubierto la causa de la evolución!

—¿De veras? —dijo el doctor Feldman.

—Sí, doctor. En realidad, se trata de lo que hace algunos años piensan ciertos biólogos. ¡Los rayos cósmicos!

—¿Se refiere a los rayos que descubrió Millikan? ¿Las vibraciones del espacio que...?

—Sí, los rayos cósmicos la longitud de onda más corta y la energía vibratoria más penetrante. Se ha sabido que bombardean incesantemente a la Tierra y a todos los planetas de nuestro Sistema Solar, desde el espacio exterior, despedidos por esos inmensos e inagotables generadores que son las estrellas y también se ha sabido que deben ejercer una gran influencia, de un modo u otro, sobre la vida en la Tierra, o allí donde se de la vida.

Hizo una pausa y siguió:

—He demostrado que existe esa influencia... ¡y qué es lo que llamamos evolución! Pues son los rayos cósmicos que chocan contra todo organismo viviente los que provocan profundos cambios en su estructura llamados mutaciones. Ciertamente los cambios son lentos, pero tal es la causa de que la vida se haya elevado desde el primer protoplasma hasta el. Hombre, a través de las edades... ¡y aún sigue elevándose!

—¿Está usted hablando en serio?

—Sí, doctor; tan en serio, y hoy mismo ustedes lo podrán comprobar.

Quedaron más sorprendidos y alarmados, al preguntarse para ellos mismos si aquel estrafalario hombrecillo pensaba convertirles en sus conejillos de indias, para proseguir sus misteriosas investigaciones.

Y le siguieron escuchando decir:

—Sí, sí... He descubierto que los rayos cósmicos son la causa de

la evolución, la respuesta a la primera pregunta. ¡Y ahora estoy comprobando el futuro desarrollo evolutivo del hombre!

—¿Cómo puede «comprobarse» algo que, en sí, pertenece al futuro? —quiso saber el profesor Colins.

—Es muy sencillo, mi antiguo «maestro»... En los dos últimos años he logrado algo que ningún otro físico pudo hacer: concentrar los rayos cósmicos y al mismo tiempo quitarles sus propiedades dañinas.

Señaló hacia el fondo y a la altura de la amplísima nave al indicar:

—¿Ven todo esto? ¿El cilindro que corona el cubo de metal? Ese cilindro recoge literalmente desde una distancia inmensa los rayos cósmicos que golpean esta parte del planeta Júpiter y los concentra dentro del cubo. Ahora bien: supongamos que esos rayos cósmicos concentrados, millones de veces más poderosos que los rayos cósmicos normalmente incidentes sobre la superficie de este planeta, caen sobre un hombre que se halle dentro del cubo. ¿Cuál sería el resultado?

—¡La muerte segura! —adelantó el astrónomo Blakely.

—No, si se saben sabiamente regular —replicó el hombrecillo—. He dicho que los rayos cósmicos producen el cambio evolutivo, y como es notorio, va modificando la vida sobre los planetas, naturalmente que cambiando y modificando al mismo Hombre, pero tan lentamente que resulta imperceptible. Pero vuelvo a preguntar: ¿qué pasaría con el hombre sometido a los rayos terriblemente intensificados?

—Pues que...

—Que cambiaría millones de veces más rápido de lo normal, atravesando en horas, ¡o minutos!, las mutaciones evolutivas que toda la Humanidad recorrerá en eras futuras.

—No se debe modificar, alterar, la naturaleza humana por medios diabólicos —opinó Susan Simons.

—¿Diabólicos, señorita?

—Como psiquiatra opino que...

—¡Ya, ya! La vieja objeción de siempre —comentó zumbón—. Siempre que alguien más inteligente que los otros intenta manipular las leyes de la naturaleza, se escuchan esas quejas torpes.

—No son quejas torpes. Esas locuras...

—¿Intenta decirme que estoy loco, señorita? ¡No! ¡Estoy bien cuerdo! Tal vez maravillosamente cuerdo y por eso voy consiguiendo mis objetivos.

—¿Qué objetivos, Wal... Perdón, Cosmocrator?

—Todas las maravillas que habéis podido ver, desde vuestra astronave hasta llegar aquí.

—Vimos una cámara de gas que...

—Era para desinfectarles., capitán Breiter. En Júpiter no debe entrar ninguna bacteria que pueda resultar nociva, ¡mi mundo es distinto al de la Tierra!

—¿Está empeñado en llamarle «su planeta», «su mundo»? ‘

—¡Lo estoy creando yo! ¿Es que no han visto a todas esas criaturas perfectas, muy evolucionadas, cada una de ellas cuidando de sus funciones específicas?

—Sí, pero por cierto no las hemos oído hablar. ¡Ni entre ellas!

—¿Para qué tal atraso? Sus mentes son lúcidas y muy inteligentes. ¡Todos se comprenden!

—¿Telepatía? —volvió a intervenir Susan Simons.

—Parecido, señorita... ¡Pero mucho más adelantado, créame!

—¡Imposible! —exclamó el profesor Colins.

—Siempre negando obstinadamente, «maestro» Colins —manifestó el hombrecillo, arrastrado por sus rencorosos recuerdos. Pero su expresión volvió a cambiar y sus brillantes ojillos se tornaron soñadores, cuando añadió—: ¿Es que no llegas a comprender lo que mi invento puede llegar a significar para toda la Humanidad? Los hombres del futuro serán, ¡ya empiezan a ser aquí, en mi planeta!, para nosotros lo que nosotros somos para los monos. Con mi método se logra adelantar millones de años de desarrollo evolutivo en un solo paso.

—¡Un momento! —alzó una mano Palmer—. ¿Quiere decirnos que todos eses hombres, mujeres y niños que hemos visto por ahí fuera, son así por haberlos sometido a sus experimentos?

—¿Cómo si no, habría podido evolucionar tanto? ¿No se han dado cuenta de su portentosa inteligencia?

—¡Santo Cielo! —exclamó el doctor Feldman—. ¡Ha acelerado la evolución de la raza humana!

—Parece algo prohibido —musitó Susan Simons.

—¿Prohibido, señorita? ¿Y por quién, si lo puede decir?

—Sin ir más lejos... ¡creo que por Dios!

—¡Jo, jo,jo! Tiene razón, pero olvida algo... ¡AQUI YO SOY DIOS!

—Por favor, Walter... —empezó a pedir el profesor Colins, dudando más de las facultades mentales de su antiguo discípulo.

—¡Cosmocrator! —volvió a corregirle al instante.

Todos guardaron silencio y siguieron escuchando la vocecilla casi infantil que se ponderaba:

—Alguien tenía que hacerlo, que adelantarse... ¡Y he sido yo! He tenido que recorrer los estadios del desarrollo futuro del Hombre, para descubrir cuál es el nivel más deseable, al que será más tarde transferida toda la Humanidad. ¡Sé que ese nivel óptimo existe!

—¿Y todo eso, para qué? —indagó Philis.

—¡Pregunta ingenua, chico! —respondió—. ¡Para crear una nueva civilización. ¡Un nuevo orden cosmocrático!

—Naturalmente creado por ti... ¡A gusto y capricho!

—¿Por qué no, Colins, si soy su creador? ¿No habéis visto cuántos adelantos, cuántas maravillas supermodernas han ido fabricando y levantando mis criaturas? Yo las he dotado de una evolución acelerada, concentrando sobre ellas mis rayos, esas «lágrimas» de las estrellas que he podido concentrar en ese tubo, para que sus lúcidas mentes, a su vez, creen nuevas técnicas, nuevos sistemas de fabricación, superiores niveles en todos los órdenes de la vida.

—Cabría preguntarles a ellos si les gusta vivir en ese estado más evolucionado.

—¿Y por qué no, capitán Breiter?

—No sé... Me he fijado bien, y ninguno de ellos me ha parecido muy alegre. ¡A ninguno he visto reír!

—Es que la risa sólo es copiosa en la boca de los necios, capitán.

—Creo totalmente lo contrario —salió Susan en defensa del hombre amado—. El día más irremediablemente perdido, es aquel en que no nos hemos reído.

—¡Oh, señorita! Todo eso es muy «romántico», pero nada práctico.

—Pues bien: quítele usted el romanticismo a !a vida, y ya verá lo que le queda.

—Seres serios, conscientes de su deber. ¡Disciplinados!

—¿Para que así le hagan sentirse a usted dios?

—No me lo hacen sentir. ¡Lo soy…! Al menos, dé todos ellos.

—¡Para nosotros no lo es! —explotó, con su natural rebeldía y sentido de la independencia, Patrick Breiter.

—Mi «querido» capitán Breiter… De su grupo, usted será de los primeros en sometérseme… ¡Una vez haya pasado por mi experimento!

Al oír aquello, Susan Simons se apretó contra el cuerpo de Patrick Breiter y exclamó furiosa en lo que sabía su impotencia:

—¡No, por favor! ¡No le haga nada a él! Antes… antes experimente conmigo si quiere, se lo ruego, pero a Pat…

—¡Vaya, vaya! Veo que está usted muy enamorada, señorita Simons.

—¡Lo estoy! —confesó la mujer con firmeza, casi retadora.

—Sentimientos absurdos, que sólo hacen perder tiempo, señorita.

—Comprendo que diga eso; un ser .como usted, debe estar imposibilitado para el amor… ¡Y es imposible que una mujer le ame!

—¿Lo dice usted por mi baja estatura, señorita?

—Lo digo por su…

La irritada mujer no pudo seguir, al oír que Patrick Breiter le rogaba prudentemente:

—No pierdas tiempo, cariño… también debe ser rencoroso y… podría…

—No podría, capitán. ¡Puedo!

Las manos enguantadas de blanco chocaron entre sí dando varias palmadas, en una petición que se hizo patente realidad al instante: unos sesenta hombres muy altos y corpulentos parecieron brotar al instante de los sitios más diversos, formando un semicírculo como una atenta y disciplinada guardia pretoriana.

Todos ellos prácticamente iban desnudos, exceptuando unos diminutos slips de color negro, así como unas botas también negras hasta las rodillas, y un pequeño antifaz del mismo color que no permitía ver sus ojos.

Pero en sus musculosos abrazos empuñaban un arma extraña, a la que se refirió el personaje como advertencia:

—Rayos láser, amigos… ¡Pueden fulminar cualquier cosa!

No pareció quedar satisfecho y ordenó al que tenía más cerca, atento y vigilante como el resto:

—Haz una demostración, por favor…

Los brazos musculosos de aquel gigante se movieron matemáticamente y disparó su arma. Un cegador rayo de luz brilló y, en una fracción de segundo, un taburete metálico que había a cosa de dos metros de Patrick Breiter se desintegró por completo.

De él no quedó nada.

¡Absolutamente nada!

Ni polvo, tan siquiera; simplemente desapareció, como por arte de magia.

Tras la aterradora demostración el pequeño personaje se limitó a indagar:

—¿Han comprendido?

La respuesta resultó silenciosa, pero muy elocuente.

Fue cuando decidió, tras nuevas palmadas:

—Bien: vamos a empezar…

CAPITULO XII

Varios de aquellos gigantes musculosos medio desnudos se apresuraron a arrastrar al pobre Philis, que apenas pudo oponer resistencia. Le metieron en el cubo, colocándole directamente debajo del disco transparente del techo. El personaje hizo un gesto imperativo y, como autómatas, aquellos servidores cerraron la puerta.

El que se llamaba a sí mismo Cosmocrator de Júpiter bajó la palanca de uno de los interruptores y el cilindro se cubrió de brillante luz blanca; mientras los haces de resplandeciente energía caían desde el disco del techo del cubo sobre el pobre Philis, sus aterrorizados amigos pudieron ver que todo su cuerpo se retorcía como sometido a una energía eléctrica terriblemente concentrada.

El chorro de emanaciones resplandecientes casi lo ocultó. Todos sabían que los rayos cósmicos son invisibles, por eso supusieron que la luz del cilindro era, en cierto modo, la transformación de parte de la energía en luz visible.

Allí nadie habló y el único sonido audible era el zumbido de los generadores y el crujido de! cilindro que, desde los espacios lejanos reunía y concentraba los rayos de la evolución.

Al fin, el personaje nuevamente movió otra palanca y la luz del cilindro y el interior del tubo se apagó. Fue cuando Susan, incapaz de contenerse más, exclamó:

—¡Oh, Dios mío!

Cuando soltaron a Philis dentro aún del cubo, se tambaleó como si aún estuviera aturdido por efecto del experimento.

¡Pero no era el mismo Philis de antes! ¡No era el mismo hombre que no hacía mucho habían metido en aquel extraño y diabólico aparato!

Philis estaba transfigurado. ¡Parecía un dios!

Su cuerpo se había convertido en una atlética y alta figura, de tal poder y belleza física como los seres que los viajeros de la «Z-X-29» habían visto por todas partes, nada más llegar a Júpiter.

Naturalmente, sus ropas habían estallado por mil sitios y estaban hechas jirones, que permitían ver los poderosos músculos bajo su

piel color rosa pálido.

Ahora Philis más bien parecía una hermosa y perfecta estatua, cincelada por los antiguos escultores griegos.

No obstante, el cambio principal se había producido en su rostro, cuyas facciones perfectas correspondían al inmenso poder intelectual que brillaba, casi sobrecogedoramente, en sus claros e inteligentes ojos.

—¿Qué han hecho con Phil? —empezó a protestar Patrick Breiter, cerrando los puños.

—Le he hecho un gran favor —replicó el personaje—. Su amigo está evolucionado, como lo estará la Humanidad en general, calculo que dos millones de años más. ¡Es el resultado de mi desarrollo evolutivo, concentrado en pocos minutos!

—¡Pero eso debe ser terrible! —gritó Susan.

—Diga maravilloso, señorita. Más o menos, su cuerpo e inteligencia es el que tendrán todos los hombres... ¡Dentro de dos millones de años!

—Pero él sigue aquí —objetó el doctor Feldman—, ¡Phil sigue en nuestra civilización!

—¡Cierto, doctor! Pero los problemas que antes tenía que resolver quizá durante años, ahora podrá resolverlos en cuestión de minutos. Su superior desarrollo e inteligencia le darán una capacidad, para nosotros inaudita. ¿No comprenden?

—Por favor —volvió a llorar Susan—, ¡Sáquenle de ahí!

Lo hicieron a nuevas imperiosas palmadas de! Cosmocrator, pero para ordenar al instante:

—¡Otro!

—¡Alto! —intentó adelantarse Patrick Breiter—, No continuará con esto, ¿verdad?

—¡Claro que sí, capitán Breiter! Si el desarrollo de dos millones de años produce un cambio así en su amigo Philis, en doble tiempo quiere decir que producirá en ese otro joven una evolución doblada, ¿no lo creen así?

—¿Se refiere a Palmer?

—¿Se llama así ese hombre?

Quieras que no, a Palmer le tocó el turno de ser llevado para el nuevo experimento y nada se pudo evitar. Y cuando al final del período fijado por el personaje se volvió a desconectar el

mecanismo, Palmer también se había transformado.

No salió como figura radiante y físicamente perfecta tras la metamorfosis soportada por Philis. El cuerpo de Palmer parecía adelgazado y encogido; los contornos de sus huesos eran casi visibles a través de una carne más rosa pálido; parecía haber perdido la mitad del volumen y muchos centímetros de estatura y anchura, con ropas que le colgaban por todas partes.

Pero todo quedaba como compensado por el terrible cambio sufrido en su cráneo, porque la cabeza que sustentaba aquel cuerpo débil era como un inmenso balón saliente, sin pelo y balanceándose sobre sus hombres y el delgado cuello. Su rostro también había cambiado notablemente; los ojos eran muy grandes, la boca muy pequeña y las orejas también eran de menor tamaño que antes.

Pero una inmensa y abultada frente lo dominaba todo…

—Bien, amigos… —se alzó la voz del enano—. Estamos viendo a un hombre que se halla a cuatro o cinco millones de años más desarrollado que vosotros. Seguro que él os mirará como ustedes mirarían a unos cavernícolas salvajes y peludos…

Intentando superar todo lo que veían, con gran esfuerzo el doctor Feldman musitó:

—¿Es que Palmer y Philis pueden vernos y oírnos?

—Pueden, claro… Pero, ¿para qué? Ellos viven ahora en otra esfera mucho más desarrollada. No encontrarían eco comunicándose con ustedes.

—Ese cambio es más terrible que el primero —apuntó Colins.

—Pero el cerebro del segundo está dos millones más evolucionado que el del primero, «amigo» Colins.

—Pero el pobre Palmer ha perdido más su aspecto humano.

—Yo no veo nada deplorable en ello, mi antiguo «maestro». Eso significa que dentro de tres, cuatro, cinco millones de años, el Hombre desarrollará su capacidad cerebral y no tendrá por qué preocuparse para nada del desarrollo del cuerpo. Para mí eso es el desarrollo deseable y natural de la acelerada evolución.

—¿Y así hasta cuándo, Walter?

—¡Por todos los infiernos! ¡Te repito que no me llamo así!

—Bien, Cosmocrator… Y has demostrado que lo puedes ser en este lejano planeta. ¿Qué más buscas?

—Dominar el Sistema Solar… ¡El Universo entero!

Ya en el límite de la paciencia, arriesgándolo todo en vista de lo que estaban viendo, el profesor astrofísico explotó:

—¡Estás loco, Walter!

Fue como su sentencia porque, su antiguo y rencoroso amigo volvió a palmear nervioso y su vocecita ordenó:

—¡A él le transformaremos a una evolución de diez millones de años! ¡Pronto!

El forcejeo resultó inútil contra aquellos numerosos atletas, y cuando también arrastrado en su desesperación y por su concepto de la amistad Patrick Breiter se lanzó para ayudar al amigo, un nuevo centelleo de luz desintegró por completo al doctor Feldman, que también se había lanzado a la lucha.

Para los que quedaban, fue una impresión terrible darse cuenta de que todo el cuerpo del querido y respetado doctor Feldman había desaparecido totalmente. Era como si aquella persona jamás hubiese existido; como si no le hubieran visto, oído y sentido nunca.

¡Algo escalofriante!

Quedaron mudos y se mantuvieron nuevamente quietos, más que por el miedo por la profunda emoción.

El pobre Colins ya estaba siendo introducido en aquel tubo y cilindro infernal, para ser sometido a los poderosos rayos cósmicos que llegaban allí desde las estrellas. El amigo permanecía en la cámara cúbica y transparente como una forma que aturdió sus mentes.

Sólo pocos minutos después, tras soportar una triple carga, el profesor Colins se había convertido, simplemente, en una gran cabeza.

Una inmensa cabeza lampiña de un metro de diámetro, apenas apoyada en minúsculas piernas, ya que los brazos se le habían reducido tanto, que parecían más bien meros apéndices manuales que sobresalían, exactamente, debajo de aquella enorme cabeza.

Ni Patrick Breiter, ni Susan Simons, ni Tom Jerrison jamás podrían olvidar aquello. Con gran impresión se dieron cuenta que los ojos de Colins ahora eran enormes, semejantes a platillos; pero las orejas estaban reducidas a dos minúsculos agujeros, como asimismo la nariz y boca casi desaparecían bajo los inmensos ojos.

Le dejaron salir de la-cámara, caminando con lentitud sobre sus piernas ridículamente pequeñas y cortas, al tiempo da oír decir al

creador de aquel extraño fenómeno:

—¿No estás feliz y contento, Colins? ¡Ahora sí que eres muchísimo más inteligente que yo! Indudablemente a tus estúpidos amigos esto les parece terrible, pero estoy seguro que ahora tú les miras como si ellos fueran simples gusanos.

—¡Por Dios! —volvió a exclamar Susan—. ¡Le ha convertido en un monstruo! ¡Pobre profesor Colins!

—Lo llama Colins, pero él ya no es el torpe profesor que ustedes conocieron, el que entró en mi cámara, del mismo modo que ustedes no son los simios de los cuales surgió hace millones y millones de años, el primer ser humano sobre la faz de la Tierra. ¡Eso es la evolución!

—¡No puede ser! —negó con energía Patrick Breiter—. Evolución significa desarrollo de las cosas, que si pasan de un estado a otro... ¡Siempre es para mejorar!

—¿Y creen acaso que nuestro querido Colins no ha evolucionado? Pues pídanle que haga cualquier cosa y lo conseguirá. ¡Hasta oro podría fabricar! ¿Qué es la transmutación de los elementos, para una mente como la suya? Ustedes ni siquiera pueden llegar a comprender el alcance de su portentosa inteligencia. Pero yo sí que la aprovecharé.

—¿Usted utilizará al pobre profesor Colins?

—¡Lo hará! Le pediré que su mente se ponga en contacto con otras también privilegiadas, sin la menor comunicación material. Inventará muchas cosas, que hasta ahora nos parecían imposibles; poderosos y nunca vistos telescopios, para estudiar las más lejanas estrellas y galaxias; zonas y campos magnéticos, realmente gigantescos; más sofisticación y eficacia para los empleos de los rayos láser; desintegración de átomos de cualquier cosa, ¡incluso grandes edificios!, para de nuevo reunirlos a miles de kilómetros, y que todo quede tal como era.

Necesitó tomar aliento antes de seguir, cada vez más exaltado:

—Astronaves que cruzarán los espacios siderales a mayor velocidad que la luz; fuerzas gravitacionales, que podrían modificar el curso de los cuerpos celestes; cambios de órbitas de los planetas y armas... ¡Sí! Nuevas y más poderosas armas qua permitan, si así lo deseo, destruir mundos enteros desde aquí, desde mi propio laboratorio.

—Usted nunca pensó en el bien de la Humanidad.

—¡Cierto! —secundó Susan al hombre amado—, ¡Sólo le mueve una ambición loca!

—¡Qué ridiculez! ¡La Humanidad! Millones y millones de insignificantes trocitos de carne parlante, que durante miles y miles de siglos no han hecho otra cosa que matarse los unos a los otros. ¡Guerras y más guerras, desde que existe la raza humana! Primero a garrotazo limpio unos contra otros; luego con hachas, mazas y lanzas; más tarde con arcos y flechas; Cuando inventaron la pólvora, la utilizaron mayormente para proseguir sus guerras interminables; como los fusiles, las ametralladoras, los cañones, los tanques, los barcos acorazados, los aviones... ¡las bombas atómicas!

—Todo eso son excusas, para lo que intenta conseguir.

—¿Quién dice que no? ¿Y pensáis que será terrible que yo gobierne sobre vuestra raza? No os gobernaré, no... ¡Os poseeré! ¡Como ya poseo este planeta!

Olvidando toda prudencia, hasta su propia seguridad, Patrick Breiter osó rechazar:

—¡Nunca lo conseguirá! ¡NUNCA!

—Se equivoca, capitán Breiter. ¿Ignora que ya poseo ejércitos enteros de hombres sabiamente inteligentes? Todos están trabajando para mis planes. Todos colaborarán con sus clarividentes y brillantes ideas, para crear, a no mucho tardar, las condiciones idóneas que harán realidad mis ambiciones.

—¿Los... los ha sometido a sus experimentos evolutivos?

—Así es... ¡A millones de ellos! Aunque me bastan con muy pocos, ya que el resto se les puede gobernar como el que se encarga de una granja de torpe ganado...

Ante su manifiesta impotencia, Patrick Breiter extendió los brazos para atraer hacia él a la mujer amada y al amigo, juntándose los tres en apretado grupo cuando decidió con valentía:

—¡De acuerdo, maldito enano! ¡Puedes decir a tus esbirros que nos fulminen! ¡Pero nunca podrás contar con nuestra colaboración!

—¿Enano yo, siendo el más grande y poderoso de los hombres? —gritó la vocecilla irritada.

—No sólo enano, sino... ¡gusano repugnante! —apoyó Tom Jerrison.

—¡Jamás conocerás la ternura del amor de una mujer! —

sentenció por su parte Susan Simons, también dispuesta a morir.

Con sus pequeñas y regordetas manitas enguantadas, el personajillo dio unas nerviosas palmadas…

CAPITULO XIII

—¡Los tres a la vez! —ordenó—. ¡Quiero que salgan Io mismo de evolucionados!

Pero ninguno de aquellos atletas de la guardia pretoriana pudo avanzar más de dos pasos.

Formidables explosiones empezaron a surgir por todas partes, con un resultado tan veloz y eficaz, que ni una sola arma de rayos láser pudo llegar a ser disparada.

Inesperadamente las tornas habían cambiado, y ahora eran ellos los que se desintegraban, volatizándose sin dejar rastro de su existencia.

Todos se convirtieron en humo...

Cuando el enano se vio derrotado y sin hombres a quienes ordenar, se lanzó a una carrera de ratón tan nerviosa, como inútil. Antes de lograr esconderse del todo tras uno de los instrumentos inventados por él, se vio atrapado fuertemente por una oreja y escuchando que una voz le decía:

—¡Quieto, gusano! ¡Terminó tu poder, sabandija!

Patrick Breiter le llevó en vilo bien sujeto por la oreja hasta la presencia del ingeniero Malko, para al fin soltarlo dejándole caer desde su altura a los pies del vencedor.

—Ahí Io tienes, Malko. ¡Puedes aplastarle como a una chinche!

—No, capitán; será mejor encerrarle en un manicomio.

—¿Cómo conseguiste llegar hasta aquí, Malko?

—Se ha declarado una sublevación, en el mar de los hielos amoniacales, capitán.

—Olvida el tratamiento, Malko. Nos salvaste la vida y ahora...

—Era preciso hacerlo, Pat. Cuando los míos y yo nos dimos cuenta de lo que estaba pasando en este planeta, comprendimos que teníamos que salvar a millones de hombres y mujeres como nosotros que vivían como esclavos en Júpiter.

—¿Sigue la lucha?

—Sí... ¡Y en algunos puntos es desesperada!

—¿Qué podemos hacer nosotros? ¡Lo ignoramos todo de aquí!

—Mi grupo y yo no, Pat... Sabes que, por nuestra sublevación en

la astronave, nada más obligaros a aterrizar nos separaron del resto, por considerarnos amigos de ellos.

—Olvida eso, Malko.

—No, porque fue muy importante, capitán.

—¡Y dale con lo de capitán, hombre!

—Bien; lo que quiero decirte es que nos llevaron por todas partes y así vimos que, tan sólo unos pocos, dominaban a decenas y decenas de los otros… no evolucionados.

—¿También sabéis eso?

—¿Cómo no, si lo vimos con nuestros propios ojos? A los normales le tratan como a esclavos, yo diría peor que al ganado.

Hizo una pausa, aumentando sus esfuerzos para no mirar a la mujer, pese a la proximidad de Susan Simons, antes de añadir:

—El caso fue que cuando la sublevación empezó a brotar por aquí, con una excusa volvimos a Ia «Z-X-29»… ¡y los treinta nos armamos hasta los dientes!

—¿Sin lucha, Malko?

—Bueno… Por allí había algunos vigilantes, pero nos resultó fácil deshacernos de ellos por la sorpresa. ¡El resto sí que fue fácil!

—¿A qué te refieres?

—Nos elevamos un poco y empezamos a localizar los centros oficiales. No había error, porque siempre ocupan edificios muy distintos a los de la gente común y corriente. Así es que con cuatro pepinazos de los nuestros…

—¡Bravo, Malko! ¡Nunca olvidaremos esto!

—Lo dices en plural, Pat.

—¡Hombre…! Por Tom y por mí, ¿no?

—¿Y por Susan no?

—Bueno… También, claro.

—Puedes hacerlo, Pat; me he dado cuenta de que el amor nunca debe meterse a la fuerza en el corazón de una mujer.

—¡Oh, Malko! —exclamó la muchacha.

—¡Qué le voy a hacer, nenita! Precisamente por quererte, obro así.

—Eso te dignifica, Malko.

—Sí, pero me dejará soltero.

—Espero que no. Ya encontrarás a otra mujer que…

—Precisamente he visto a una morenaza, cuando asaltamos uno

de los edificios oficiales que... ¡Me impresionó mucho!

—¡Vaya! Malko se ha enamorado otra vez —bromeó Tom Jerrison.

—No es eso, muchacho... Pero cuando Ia vi unirse a nosotros y pedir un arma, me dije para mí: «Malko: en Júpiter no está todo perdido...» ¡Y ya veis que no!

—Lo extraño es que hasta aquí no llegase ningún ruido ni noticia y...

—¿Pero sabéis dónde estáis?

—Ni idea, Malko —explicó la mujer—. Perdimos el sentido en una cámara de gas y...

—A nosotros también nos metieron en otra. Pero cuando nos sacaron nos invitaron a ver todas sus portentosas realizaciones y...

—¿No os deslumbraron?

—Sí, Pat. ¡Hay que confesar que sí! En muchas cosas, por aquí andan muchísimo más adelantados que en la misma Tierra. En poco tiempo han conseguido verdaderas maravillas, pero...

El corpulento Malko dejó de contar al mirar hacia el suelo, presionando más su pie sobre las espaldas del hombre bajito y regordete al gruñir:

—¿Quieres estarte quieto, renacuajo?

—¡Me está aplastando! —protestó la vocecita de niño.

—Lo haré, si no cierras esa boquita de piñón, gordito.

Luego siguió la charla con los amigos, mientras sus seguidores no dejaban de registrar por la amplia y ancha sala de aquel laboratorio.

—Pues estamos ahora en la montaña más elevada de Júpiter, concretamente a unos 80.000 pies de la superficie de un gran lago amoniacal de hielo, a donde nadie podía acercarse, a no ser con un permiso especial de esta anguila que tengo bajo mi pie.

—¿Cómo pudiste llegar?

—Con Ia «Z-X-29» fue sólo un paseo.

—¿Funciona bien?

—No mucho, Pat: sabes que le falta la parte trasera, pero... ¡Nos hemos arreglado!

—Vamos, Malko. ¡Ardo en deseos de llegar allí!

Caminaron, pero de pronto Patrick Breiter se paró, volviéndose para mirar al fondo. Los nutridos disparos de los fusiles atómicos habían desintegrado gran parte de aquel gigantesco laboratorio,

incluido los extraños instrumentos que tantas veces debían haber sido utilizados para someter a los seres humanos a lo de la evolución acelerada, sirviéndose de los rayos cósmicos procedentes de las estrellas.

Naturalmente, al haberles dejado situados en aquella parte a Philis, Palmer y al profesor Colins, no había ni rastro de ellos por allí.

También debían haber sido desintegrados.

—Por lo que respecta a Colins, casi es mejor así —comentó Tom Jerrison, comprendiendo los pensamientos de su jefe.

—Puede que tengas razón, Tom... Me cuesta trabajo admitirlo, pero calculo que para un ser cuyo cerebro vive millones de años más evolucionado que los nuestros, no le resultaría muy fácil la convivencia.

Tirando de su manga, el cargado Malko animó:

—Pues ya verás por ahí, Pat. Por las trazas este gordo sapo los «fabricaba» a capricho y placer. Le bastaba meterlos en su diabólica «maquinita» y, según el tiempo que los mantenía allí pues así salían.

El «gordo sapo» iba pateando inútilmente bajo el brazo del hercúleo ingeniero, a quien le apostrofó con su voz de niño:

—A usted sí que le hacía falta una buena racioncita de eso, para que de un mulo como es convertirle en un ser civilizado.

—¿Lo aplasto contra el suelo, Pat?

—Detente, Malko: aunque no estemos muy evolucionados, deberemos juzgarle justamente.

—Lo harán en la Tierra. ¡Ya vienen para aquí!

—¡No me digas! —exclamó Tom Jerrison.

—Sí... Nada más poder, hemos cursado unos mensajes urgentes.

—Estuviste en todo, Malko —volvió a felicitar Patrick.

—Te diré... Tú podrás casarte con Susan... ¡Pero yo tenía que hacer todas las cosas lo mejor posible, para que vea lo que se pierde!

—Sé que vales mucho, Malko. Por eso llegué a creer que sería feliz contigo. Pero luego me enamoré de verdad de Pat y...

—No hablemos más de eso, mujer. ¡Hay muchas cosas que hacer aún!

* * *

Meses después, mirando a la bóveda celeste la mujer quiso saber al señalar a un astro brillante:

—¿Cuál de las Amalteas es esa luna, Pat?

—A ver que la identifique, cariño… Creo que es la Amaltea VI.

—¿La que está a 23.000.000 de kilómetros de nosotros?

—No, Susan; las confundes. Amaltea VI sólo está á 11.000.000 de kilómetros.

—¿Has dicho «sólo» a esa distancia, Pat?

—Bueno; ya sabes que esas cosas aquí no cuentan. ¡Estamos en un planeta gigante!

—¡Y con un gran porvenir!

—Pero no creas que todos esos adelantos se deben a los seres más evolucionados, que aquel pequeño monstruo fue creando.

—En parte sí, Pat. Eso hay que admitirlo.

—Yo no lo niego, Susan. Pero para mí la civilización es algo más que adelantos materiales, inventos prodigiosos y cosas por el estilo. El ser humano tiene otras capacidades más sensibles, de las cuales realmente depende su felicidad, más que de los bienes de consumo y todas esas cosas.

La mujer siguió en silencio y él siguió desahogándose:

—Si lo miras bien, la civilización es el progreso desde una homogeneidad indefinida e incoherente, hacia una definida y coherente heterogeneidad…

—¡Uf, cariño! No lo he entendido eso muy bien.

—Pues es bien sencillo, mujer: en cierta forma he querido decir que el auténtico progreso es elevar a todos a los mismos niveles de existencia. Si la barbarie o el salvajismo es una cosa terrible e igual, al mismo tiempo confusa y sin armonía, incoherente, la civilización que se tenga como tal debe de tender a ser diversa, cada uno con su propia personalidad y libertad, pero a la par definida y coherente.

—Demasiado filosófico para mí, amor.

—No lo creas: eso deberán entenderlo hasta los niños. Que unos sean muy evolucionados, inteligentes y poderosos, para mejor esclavizar a los menos listos y más débiles, es de una injusticia manifiesta que no debemos tolerar.

—Es lo que pretendía montar aquel renacuajo, pero a escala planetaria.

—Afortunadamente, ahora las cosas llevan otro orden. ¡Gracias a

tu antiguo novio y los que le siguieron!

—No seas modesto, Pat. ¡Tú también hiciste lo tuyo!

—¡Pobre de mí, mujer! Nos tenían atrapados allí, con la intención de evolucionarnos... ¡hasta sabe dónde!

—¡Pero le plantamos cara al enano!

—Yo le habría llevado a un Zoo, para lucirlo como a un animal raro, en vez de a una clínica psiquiátrica.

—¿Pues sabes qué es lo que hace allí?

—Trepará por las paredes.

—¡Nada de eso! Grita que conseguirá nuevos inventos. Dice que con que sólo le den cien kilos de uranio y no sé cuantas cosas más, ¡nos hará cambiar de galaxia a todos!

—¡Qué bruto!

—Y el otro día le dijo a una de las enfermeras, que ahora las estrellas lloran.

—¿Por qué razón?

—Porque no está él para almacenar en su invento sus rayos cósmicos, con los cuales adelantar la evolución de los hombres.

—Que le den morcilla a ese loco. ¡Bastante gorda la armó!

Y cuando ella volvió a mirar a uno de los satélites de Júpiter, Patrick Breiter aprovechó para besarla en la mejilla.

¡Estaba tan bonita y deseable Susan con su linda carita alzada!

FIN